

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

Dib. K-HITO.—Mac

Una voz desde el pozo.—Sálvame, maridito mío; sálvame, que yo te prometo que nunca más volveremos a discutir.

El esposo. —No sé...

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— *¿En qué se parecen el heredero del trono inglés y una perfumería de Madrid?*

— *En que el heredero del trono inglés es el Príncipe de Gales, y la perfumería, de Gal es.*

JOSÉ MARTÍNEZ CONDE. — Madrid.

— *¿Cuál es el animal que podría tomar parte en una orquesta?*

— *El elefante, porque tiene trompa.*

PANCHAMPLA.

Uno de los muchos soldados repatriados recientemente, llega a su pueblo (provincia de Zaragoza), donde, como es de suponer, lo reciben con mucha alegría. Todos desean que les relate algunos episodios de la guerra, a lo que accede:

— *Era el veintinueve de febrero; los moros nos hostilizaban con insistencia, y recibimos orden de atacar a la bayoneta. En la lucha fui desarmado y perdí el fusil...*

Titubeé un instante; pero en seguida me repuse; cogí un machete que había en el suelo, y, ciego de ira, le corté a un moro las dos piernas de un machetazo.

CORO GENERAL. — *¡Bravo!... ¡Viva el mañol!...*

Pero uno de los oyentes, sin duda el más vivo, le pregunta:

— *¡Anda que otra, ridiez! ¿Y por qué no le cortaste la cabeza?*

A lo que contestó el soldado:

— *¿Pa qué, si ya se la había cortao otro que había pasao antes que yo?*

F. GROVAS. — Barcelona.

En la Puerta del Sol.

UN VENDEDOR. — *¡La desesperación, de Espronceda, por diez céntimos!*

UN TRANSEÜNTE. — *¡Mentira parece que un hombre de su talento se desesperara por tan pequeña cantidad!...*

ZAPATERO REMENDÓN. — Madrid.

— *¡Chico, hace un gris que pela!*
— *¡Hombre! Me alegro. ¡Precisamente, estaba yo pensando de dónde había de sacar la pasta para el peluquero!*

ENRIQUE SOTO Y SOTO (EL ESCOBERO).

EL BOLSISTA. — *¿Cómo va esa vida?*

EL PINTOR. — *Regular; vendiendo telas.*

EL BOLSISTA. — *¡Caramba; pues yo, comprando marcos!*

¡ANTONIO NOGUERA. — Palma de Mallorca.

Un pobre hombre pretende un destino en una oficina, y el jefe le pregunta:

— *¿Sabe usted llevar la contabilidad y contestar correspondencia?*

— *Sí, señor. Estoy acostumbrado a desempeñar todo, y por poco dinero.*

— *Entonces, le voy a encargar de unas papeletas del Monte, que están al cumplir.*

P. PON.

Entre estudiantes.

- Yo quisiera ser matador de toros.
- ¿Para qué?
- Para llevar sobresaliente.
- Pues yo prefería ser automóvil.
- ¿...?
- ¡Tomal Para llevar matrícula.

HEMÓN.

Entre un cojo y un jorobado.

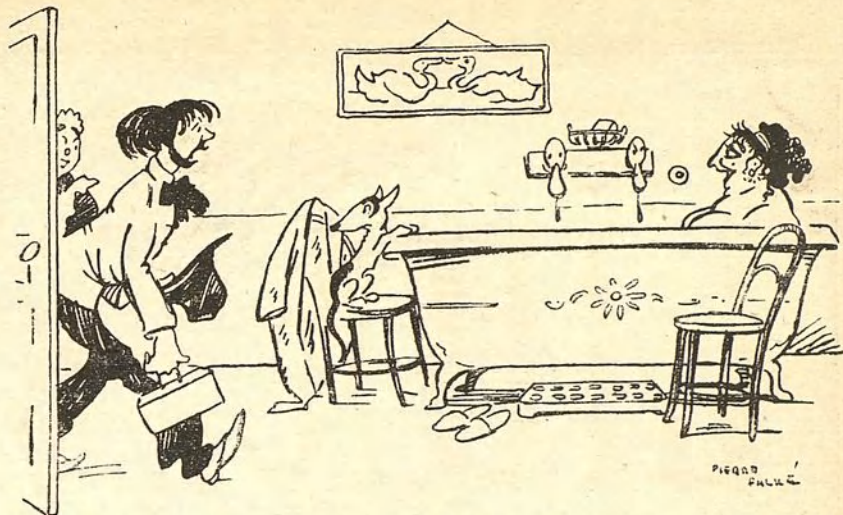
EL COJO. — ¡Hola, Felipe! ¿Qué es de tu vida?

EL JOROBADO. — Pues, chico, ahora estoy estudiando derecho. Y tú, ¿qué te haces?

EL COJO. — Me dedico a corredor de comercio.

PEDRO SORIA. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Emiliano Carcedo, de Baracaldo (Vizcaya)**.



— Pase, querido maestro. Le recibo a usted aquí, porque me parece lo más apropiado para que demos la lección de acuarela.

(De PIERRE FALKÉ, en Le Rire, de París.)

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

18. — En las bujías.

DOS
A AMÉN A

19. — Un árbol.

MINISTRO DE ESTADO
URQUIJO
TIENE MUCHA SAL

CUPÓN
correspondiente al número 61
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

20. — Un ave zancuda.

(No es Cambó..., ¡claro está!)

— ¿Y piensas arrojar esa cuarta-prima de alcorcho en la tercia-dos?

— En cuanto pase un dos-cuarta.

— Tendrás preparado un tercia-cuarta para avisar.

— Sí; y asaré después un todo que cacé ayer.

21. — Los hay en el Congreso.
Frescos y gordos...

SIGNO 0 ARITMÉTICO

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 58.

22. — Para anunciarse.

DE PAN TRILLAR

23. — Cardenal.

100 1
TAMBOR
JABALÍ.

CUPÓN NÚM. 4
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de enero.



SONRÍASE

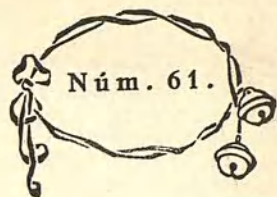
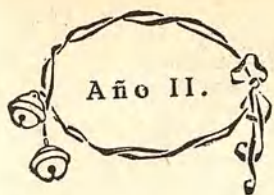
después de haber usado

PASTA DENS

que blanquea los dientes

TUBO 1.50

y perfuma la boca.



Madrid, 28 de enero de 1923.

LA FÓRMULA



DODÍAMOS afirmar, sin temor a equivocarnos, que la vida de nuestro amigo Enrique constituía un verdadero secreto para nosotros. No la vida propiamente dicha, ya que conocíamos perfectamente todas sus costumbres y todos sus vicios. Lo que desconocíamos era solamente la manera en que resolvía el problema de la susodicha vida.

Desde luego estábamos seguros de que no era precisamente trabajando como lograba solucionar el agrio problema, porque era uno de esos seres inútiles para quienes las más sencillas cosas parecen convertirse en arcanos insolucionables. Además, su ineptitud corría parejas con su desgracia y con su mala cabeza. Una sola vez pudo hallar un empleo decoroso, y tuvo que abandonarle inmediatamente. Se trataba de una plaza de escribiente en el Comodity Guateadet Bank, que le valió un incesante *pitoreo* por parte de sus amistades; no hubo, por entonces, ningún madrileño que, al verle, no pudiera presumir de ingenio, soltándole a bocajarro el siguiente venenoso chiste:

— Ya sé que te has colocado en un banco. Me alegro, hombre, ¡a ver si ahora *sientas* la cabeza!

A los tres meses, a fuerza de oír el mismo disco a todo el mundo, ya estaba Enrique al borde del suicidio. Pero no llegó a consumarlo, porque antes se había cansado del empleo, dedicándose de lleno a la holganza y al paseo. Cuando le reprochábamos su falta de amor al trabajo, nos respondía invariablemente:

— No podía ser... Yo no podía soportar por mucho tiempo aquel martirio. Acostumbrado a estos mullidos divanes de los cafés, ¿cómo iba a resignarme a pasar toda la vida en un banco?

Y teníamos que dejarle, y, lo que es bastante peor, teníamos que pagarle el café,

surtirle de tabaco y sufragar todos sus vicios.

Pero, de pronto, todo cambió. Un día le vimos limpio, bien trajeado, con unos irreprochables zapatos de charol, calcetines de seda y un chaleco de fantasía, que para sí lo quisiera Piniés. Fumaba unos exquisitos habanos, lucía varios anillos magníficos. Verdaderamente, podemos decir que llevaba una existencia prócer. Como es natural, hicimos cábalas acerca de aquel súbito cambio, que nadie se explicaba. Hasta nosotros llegaban fantásticas noticias referentes a nuestro amigo, que nos daban la sensación de que disponía de una inmensa fortuna. Se decía de él que viajaba frecuentemente en el tranvía de Puerta de Sol a Diego de León, que comía pan en casi todas las comidas y que fumaba tabaco de 0,50, pagando primas fabulosas

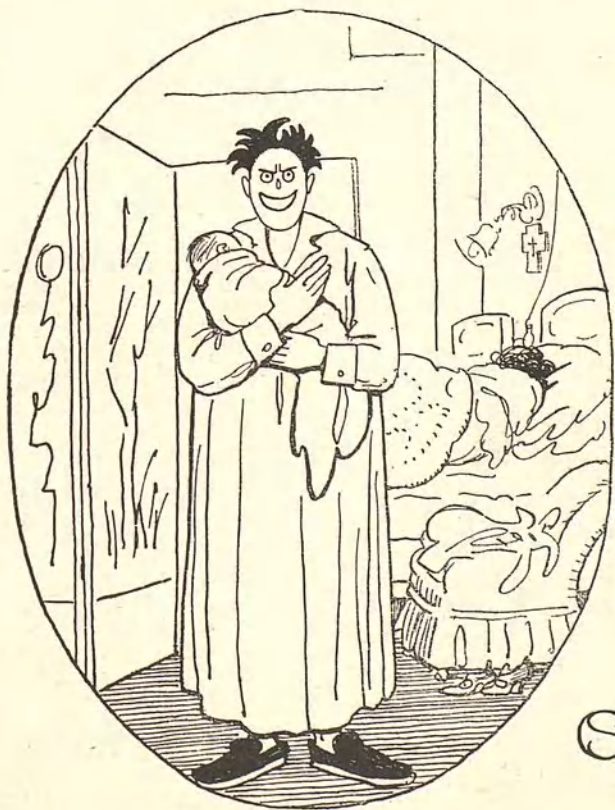
por cada cajetilla. Aunque no hemos podido creerlo, nuestro deber de informadores nos obliga a consignar que se llegó a decir de él que escribía tres o cuatro cartas diarias... Fuere como fuere, lo cierto es que vivía como un príncipe. Y cuando intentábamos averiguar de qué medios se valía para ello, nos contestaba enigmáticamente:

— Figuraos lo que queráis... Pensad que he descubierto la piedra filosofal, que he hallado el vellocino de oro... El secreto de mi vida irá conmigo a la tumba. No puedo deciros más... Conste sólo que me juego la existencia diariamente, y que sé que viviré muy poco tiempo...

II

Al cabo de seis o siete meses de los sucesos narrados anteriormente, pudimos apercibirnos de que Enrique poseía un tic nervioso que le daba cierto encanto no exento de gracia. Consistía en un picaresco guiñar del ojo derecho seguido de una insinuante contracción de la mejilla izquierda y terminado con una elevación de la boca hasta casi tocar con los labios en la punta de la nariz. Invariablemente terminaba su mueca con una sonrisa melancólica, que le daba el aire de uno de esos hombres mundanos cansados de la vida, y que es el gesto más elegante que se conoce. La desgracia de nuestro amigo llegó hasta el punto de que lo que en cualquier otra persona constituiría la mitad de la felicidad, vino a hacer su desdicha mayor. Uno de sus grandes vicios consistía en frecuentar el Colonial a altas horas de la noche, y tuvo que dejar de hacerlo porque en cuanto entraba iban todas las mujeres a sentarse a su lado creyendo que las llamaba, y todas las noches terminaba la cosa en bronca.

Pues bien: para que veáis cómo son innumerables los senderos de la Providencia, este gesto fué el que nos puso en posesión del secreto de nuestro amigo. Asediado a pre-



Dib. SILENO. — Madrid.

guntas, hubo al fin de confesarnos su enigma, descubriéndonos la tenebrosa incógnita.

No conocemos nada que pueda compararse en fuerza trágica ni en intensidad dramática al relato de nuestro amigo. Nunca hubiéramos sospechado en él un heroísmo tan grande ni un talento tan formidable. Para que podáis comprender la tragedia en toda su intensidad y con toda su grandeza, queremos transcribir sus palabras.

He aquí el relato:

— No sabéis, amigos, cuánto he luchado hasta poner en práctica aquella gran idea, digna de la inmortalidad; cuánto he padecido y cuánto padezco aún. Porque la realización de mi plan era a un tiempo salvación y muerte. Sí, muerte, no lo dudéis.

»Todos sabéis que economía es sinónimo en muchos casos de utilidad. Así, un comerciante que vende lo que le cuesta cuatro en siete, gana o se economiza tres, del mismo modo que yo si en vez de gastar siete gasto cuatro. Los dos nos encontramos con una diferencia de tres tantos, pesetas o lo que queráis. Esta fué mi clave.

»Antes yo tomaba todos los días el café en este establecimiento, y me costaba, u os costaba a vosotros, cincuenta céntimos. Pero un día concebí la idea de que si lo tomase en un bar cualquiera podría economizarme treinta céntimos en cada café, más los veinte céntimos de la propina, lo que me produciría una economía o utilidad de cincuenta céntimos diarios, que son una cosa muy respetable. Esos dos reales diarios son al cabo del mes quince pesetas. Con tres duros mensuales se pueden hacer muchas cosas. Actualmente, esa pequeña economía me basta para la limpieza del calzado.

»Esto fué lo que me salvó de la tiranía de un empleo y lo que me produjo este bienestar de que actualmente disfruto. Ahí tenéis explicado mi secreto...»

Entonces, todos le interrumpimos su relato para advertirle que con tres duros no se podía vivir como él lo hacía, y que gastaba bastante más dinero. Pero nos explicó también este punto:

— Es que se me olvidaba advertiros que desde entonces tomo sesenta cafés diarios, y que, por tanto, me ahorro treinta pesetas diarias, que es con lo que vivo de esta manera principesca. Pedí a un amigo cinco duros para el primer día, y como economiqué seis, se los pagué al siguiente. Llevo más de siete meses viviendo de este modo y derrochando el dinero a manos llenas. Eso es todo.

Todos nos levantamos como uno solo para felicitarle por su talento. Pero rechazó nuestros parabienes, y dijo modestamente:

— Recordad que esto tiene sus inconvenientes. Ahora, por ejemplo, yo padezco una sobrexcitación nerviosa que acabará conmigo. Desde que puse en práctica mi idea, no puedo vivir un mo-

mento tranquilo. Puedo decir, en cierto modo, que soy un suicida que se mata para poder vivir...

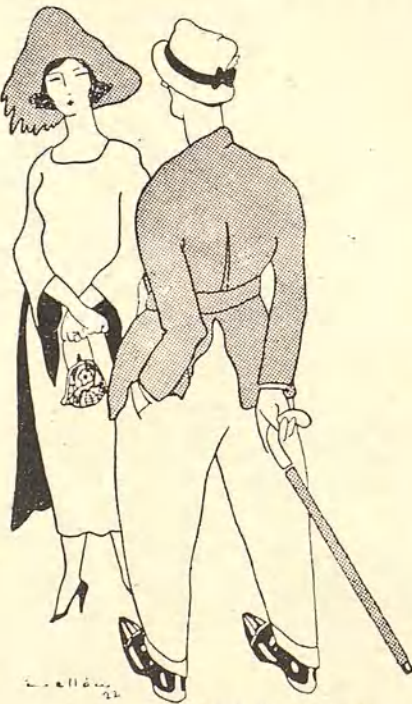
III

Efectivamente, se ha cumplido el pronóstico de nuestro amigo, que ha fallecido recientemente. En los últimos días de su vida el pobre hombre no hacía más que dar saltos y piruetas, como una rana sometida al galvanómetro.

Y, sin embargo, su suerte no ha sido completamente aciaga. Enrique ha conquistado la inmortalidad. Si su espíritu, amigo de aventuras, acostumbra abandonar el frío lecho en que yace, dándose una vueltecita por este mundo, podrá contemplar en una magnífica avenida de cierta capital americana una soberbia estatua en mármol blanco, a cuyo pie se lee la siguiente inscripción:

A DON ENRIQUE TERCERO
GENEROSO PROTECTOR
DE PUERTO RICO
LA CIUDAD, AGRADECIDA

Luis NAVARRO RUIZ



Dib. BELLÓN. — Madrid.

ÉL. — ¿De verdad no sabía usted que la quiero?

ELLA. — Es la primera noticia que tengo...

ÉL. — ¡Qué raro!... Se lo he dicho en secreto a todas sus amigas...



EPÍSTOLA "VACANTE"

Efecto, lector, quizás, de lo hablado en el Concejo sobre el asunto de las vaquerías (que ya es viejo), me escribe ayer una res que vive en explotación, la carta, lector, que ves copiada a continuación:

«Don Juan: Uno de estos días van a echar el picaporte a unas cuantas vaquerías de las que hay en esta corte, porque no están instaladas como prescribe la higiene, lo cual hay gentes honradas que dicen que no conviene. Dándonos pienso y estable, nos importa tres piñones que las ubres Juan o Pablo nos estrujen a tirones.

Mas unos quieren que sigan y otros piden la clausura..., y puede que así consigan «labrar nuestra desventura».

Ni vamos al matadero por si anulan lo acordado, ni nos ordeña el vaquero, porque está preocupado.

La consecuencia fatal es que, tras vida tan quieta, no nos queda más final que tirar de una carreta.

Y contra esta situación, que acaso alguno aproveche, protestamos con razón más de cien vacas de leche.

Es nuestra voz lastimera del Municipio el principio, porque sin mu no hay manera de que exista el Mu... nicípio.

Y con ayes oportunos (aunque no expresados bien) protestamos de los unos y de los otros también;

pues si no hemos de morir ni leche van a extraer, ¿usted me quiere decir qué es lo que vamos a hacer?

Haga usted, pues, por favor, que nos miren con piedad, porque no hay cosa mejor que la inamovilidad.

¡Sí, don Juan; usted es buen hombre, y a usted acudimos ligeras! Y, sin más por hoy, en nombre de todas las compañeras, su afecto le patentiza, con la mayor devoción, Preciosa, vaca suiza nacida en Villamelón.»

Por la copia,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

XXXI

Grave, gravísima, de muchísimo cuidado, casi desesperada, es la situación en París en los momentos actuales. Alemania no paga una gorda, porque es que no tiene un céntimo ni

de donde le venga, y los franceses, y especialmente los parisienses, han puesto el grito en la bóveda celeste, y hace quince días que están diciendo que van a hacer y a acontecer, sin que, afortunadamente, pase el asunto de los gritos consiguientes. Ahora, jeso sí, el griterío no falta, y todos los días se oyen voces colosales sin necesidad de ir a la Opera, y cada veinticuatro horas aumenta la vociferación en proporciones terroríficas. En los bares, en los cafés, en las pastelerías y en las lecherías (en París las lecherías son cosa corriente y abundan que es un espanto, y además son puntos de reunión como los cafés!) se oyen a cada momento comentarios ofensivos para los alemanes, amenazas contra su morosidad y calumnias casi viles sobre la moral de los difuntos padres del que fué Guillermo II y hoy es Guillermo sin II...; y esto lo digo sin segunda, porque yo no tengo motivos para ensañarme con él como Poincaré y compañeros mártires, ¡que si tuviera motivos, ya le daría yo también lo suyo!...

«¡Alemania no pagal...» Esta es la

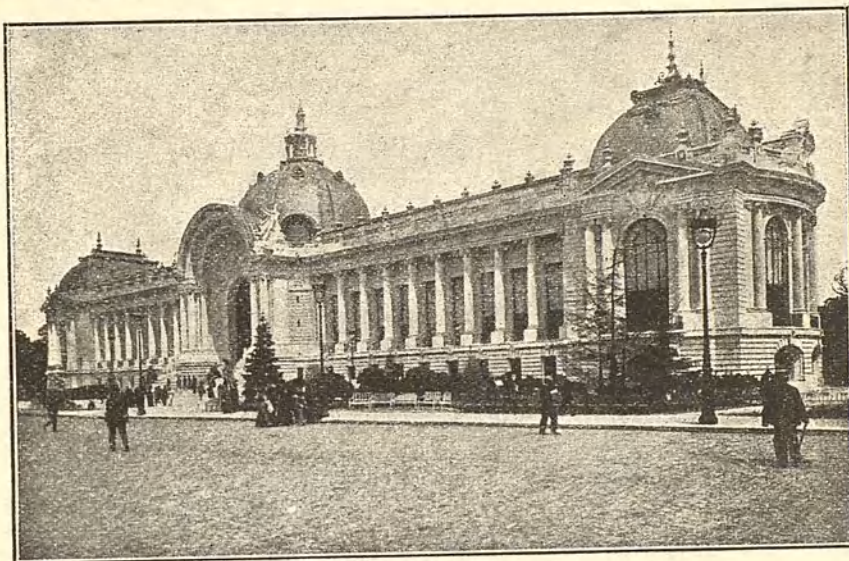
frase que está corriendo en París de boca en boca, la que se repite por teléfono, por correo y hasta por cable, la que los mudos expresan por medio de señas indecorosas, la que seguramente en los siglos venideros figurará en el

escudo de Francia, porque esto me he calado yo que va para muy largo, y los franceses creo que casi están ya convencidos de lo mismo.

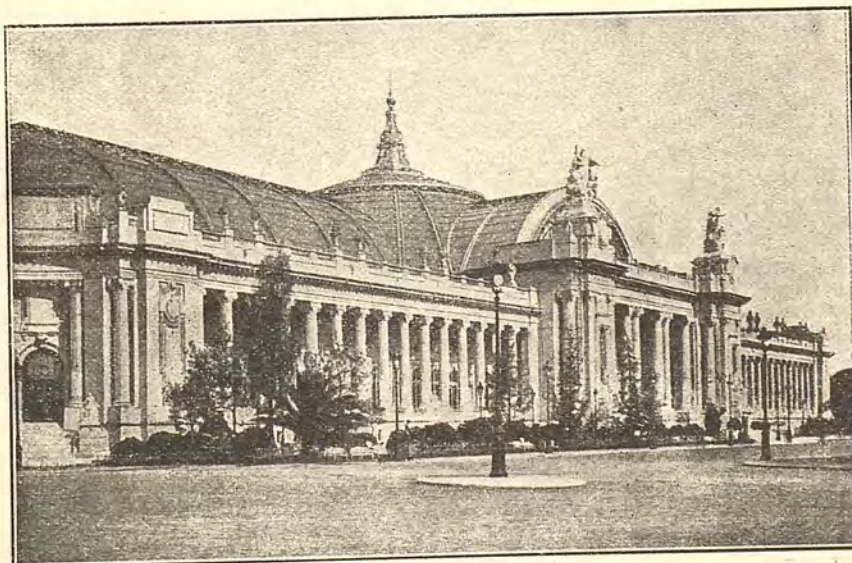
Ayer, precisamente, conversando un servidor con un alemán que se dedica a

la venta ambulante de bombones a lo largo del boulevard du Mont-Parnasse (y que sólo sabemos que es alemán Millebrand, Paul Bourget y yo, y los tres hacemos la vista gorda para no perjudicar al hombre), pues conversando con él, como decía antes y repito ahora, le dije, con el fin de asustarle, que Francia estaba hasta los pelos y que se iba a volver a armar la gorda. El alemán se sonrió, no sé si de resignación o si de los peces de colores, y me dijo que el pequeño atraso en abonar una cuenta no creía él que fuese motivo para armar una bronca que no podía traer a Europa más que una nueva subida del vino, de los zapatos y de las tarifas ferroviarias, trescientos nuevos ricos más, y, si acaso, el que el ex Káiser se volviese a quedar viudo y se casase luego por tercera vez, cosa que el alemán de que hablo está segurísimo de que sucedería, pues sabe de buena tinta que a Guillermo le da miedo dormir solo de noche...

A estas razones opuse yo la frase desesperada que Francia está poniendo de moda: «¡Alemania no pagal...»



EL «PETIT PALAIS»



EL «GRAND PALAIS»

«Dos palacios que forzosamente tienen que ir juntos, porque son hermanos, uno mayor y otro pequeño, como ustedes habrán tenido la amabilidad de apreciar. En Madrid a una cosa semejante la llamaríamos Perrin y Palacios, porque somos guasones de nacimiento, guardando el nombre de Perrin para el más pequeño; pero en París la gente es más seria y llama a las cosas por su nombre. En uno de ellos, en el primero precisamente, se exponen cuadros, y en el otro se exponen automóviles, aeroplanos, etc., y en ambos se exponen ustedes a que no les dejen entrar si no llevan invitación especial para el caso. Yo a los palacios subí...; pero fué porque me busqué la tarjeta con tiempo.

El alemán se volvió a sonreír, y yo insistí:

— Sí, señor... Lo está diciendo todo París: «¡Alemania no pagal...»

— ¡No es lo malo que lo diga todo París! — me contestó el teutón —. ¡Lo triste es que eso de que Alemania no paga lo está diciendo todo Berlín también!...

Esta espantosa revelación, que me hace sospechar que a Francia la va a pagar madame Rita, me hizo también pensar que los franceses son unos primos alumbrados por incandescencia, dicho sea con todos los respetos.

Porque estarán ustedes conformes conmigo en que eso de la ocupación del Ruhr es de una inocencia, no ya infantil, sino manifiestamente pàrvula. ¿Qué adelanta Francia con ir al Ruhr? ¡O yo soy un imbécil (que está dentro de lo posible que lo sea y que yo no me haya enterado), o Francia no logrará con ir al Ruhr más que vivir en casa de su deudora!

Y ésa no es una solución, porque les juro a ustedes que si yo supiera que debiendo a mi casero catorce mensualidades, lo único que él iba a hacer era venirse a vivir conmigo y ocuparme una alcoba y la cocina, un modesto servidor de ustedes no volvía a pagar la casa hasta que Dios Nuestro Señor me llamase a juicio.

¡¡Porque lo que es el casero, aunque me llamase a juicio (de conciliación) no volvería a ver un perro chico mío ni comprándose unos prismáticos de lo más potente que se fabriquell...!

XXXII

Hay una calle en París (la *rue Saint-Honoré*), en la que si no hay instalados ciento cincuenta almacenes de antigüedades, dejo que me corten la cabeza, o, por lo menos, si les parece demasiado fuerte que me corten la cabeza por una apuesta, dejo que me corten el pelo...

Varias veces he recorrido esa *rue*, y otras tantas me he maravillado de ver la cantidad de preciosidades, cubiertas de polvo y de basura de otros siglos (moho de los Carlovingios, orín de los Médicis, telarañas de los Borgias, sudor de los Austrias, etc.), que se ofrecían al incauto comprador por unos miserables miles de francos. Como la potencialidad adquisitiva de mi bolsillo está en razón inversa de la predisposición admiradora de mi espíritu, quiere esto decir, en buen castellano, que jamás me he decidido a comprar *antiquités* en París, a pesar de haber visto, hace pocos días, un soberbio sillón de Felipe II, marcado en trescientos francos, que no tenía más defecto que estar un poco cojo, aunque no tanto como Romanones; y advirtiendo que la tal cojera no se le notaba al mueble más que en el momento de andar, mientras que a D. Alvaro de Figueroa y Torres se le nota también cuando está parado. El silloncito en cuestión estuvo a punto de hacerme pecar, por la seguridad que me dió el dueño del almacén de que era absolutamente auténtico y de que D. Felipe II se había sentado en él más veces que pelos tiene en la cabeza Rafael *el Gallo*. Ten-

tado estuve, como he dicho, de comprar el mueble, para regalárselo en una de sus funciones de beneficio a Chicote (a quien le hubiera recordado los tiempos de su infancia); pero habida cuenta de lo difícil que era el traerlo en la maleta y pasarlo disimuladamente por la Aduana de Hendaya para no pagar derechos, desistí de hacer la compra, lo que quiere decir que el sillón sigue en París, a la disposición de ustedes.

Otra cosa mucho más sorprendente y más abracadabrante que lo anterior he observado en las tiendas de *antiquités* de esta muy heroica villa: y es, que si hay trescientos establecimientos de ancianidades, en todos ellos hay anunciada, con letras grandes y adjetivos pomposos, una cama que ha pertenecido a María Antonieta. Total: que he visto trescientas camas de María Antonieta, sin contar con las que se hayan ya vendido desde 1793 hasta la fecha.

Me asalta una terrible duda, señores y amigos míos: si esa María Antonieta es una sola persona, su conducta deja mucho que desear porque, no puede poseer trescientas camas más que una joven a la que hayan puesto piso trescientas veces... ¡O, en último resultado, María Antonieta fué propietaria de una fonda con principio y vino, porque, no siendo así, no hay quien se explique tal abundancia de lechos!

¿Es que se trata de la que fué reina de Francia? ¡¡Pues, entonces, aquella pobre señora tenía que estar por lo visto acostada toda la vida, y aun así no se explica que haya estropeado tantísima cama!... Y dejemos aparte las que estropease Luis XVI, su respetable esposo, que presumo que serán otras trescientas, porque no iba a ser menos que su mujer, siendo el amo de la casa... Por cierto que las de Luis XVI se deben de haber terminado, porque no he visto anunciada ni una...

Resumen: que el que quiera dormir en una cama de María Antonieta, no tiene necesidad de ser Luis XVI ni siquiera de pertenecer a la familia. Con cuatrocientos francos pagados en la *rue de Saint-Honoré*, y con un kilo de polvos insecticidas, por lo que pueda tronar, está en condiciones de acostarse en el mismo tálamo que oyó los ronquidos más regios del mundo y donde sirvieron el chocolate a la única reina que, siendo muy guapa, no llegó a quitar la cabeza..., tal vez porque antes se la quitaron a ella.

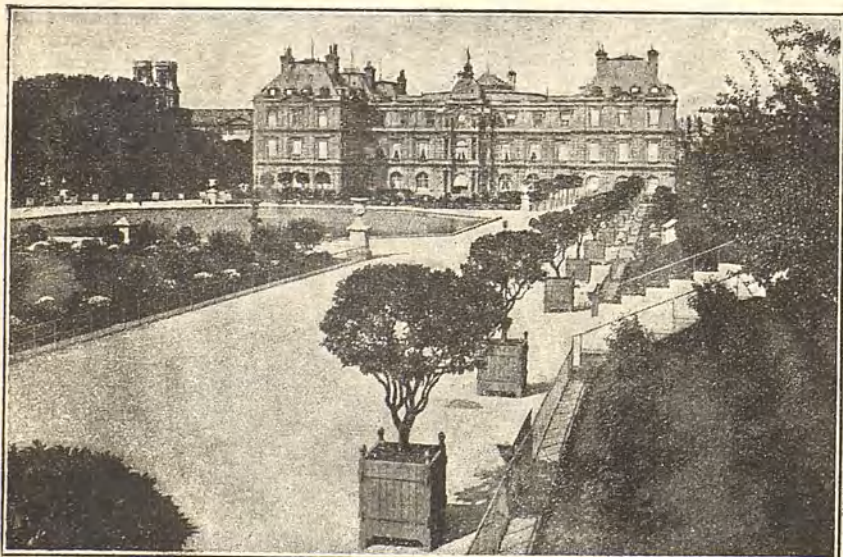
Y si alguno de ustedes se decide y compra una camita de esas algún día que vaya a París, no le diré más que una cosa:

— ¡Que usted descanse, y hasta mañana si Dios quiere!

Frases que no tiene novedad, pero que revela que estoy magníficamente bien educado.

ERNESTO POLO

París. — Café Balthazard. — Enero.

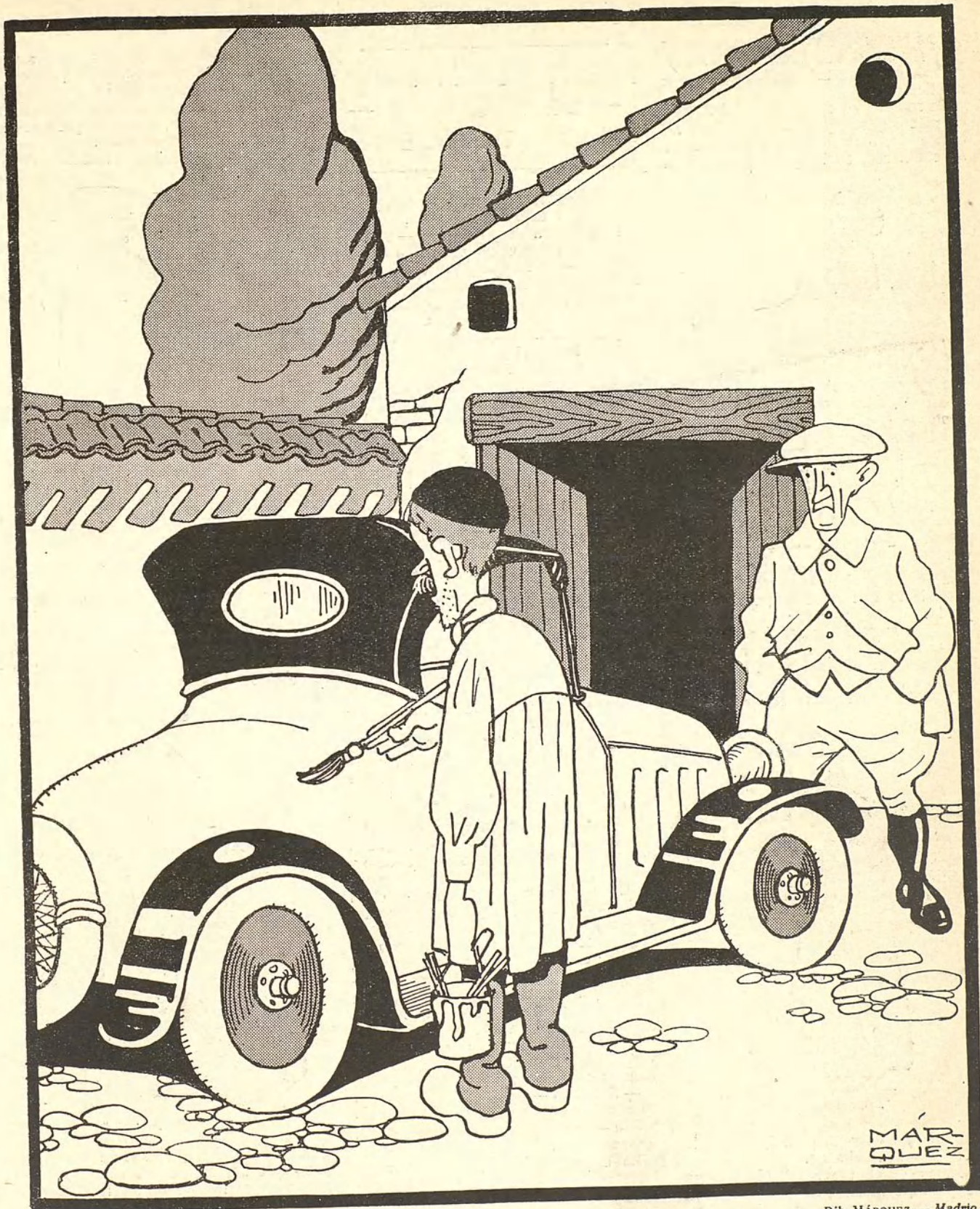


EL PALACIO DEL LUXEMBURGO

Hoy se dan palacios en las fotografías que ilustran esta crónica, como se daban negros cuando no se habían cerrado las casas de juego (q. e. p. d.).

Este palacio, actualmente Senado (con lo cual doy a entender que si no es una casa de juego, es, por lo menos, una casa de mala nota), es una de las pocas cosas de París que no me gustan, y como no me gusta nada, no pienso decir de él ni una palabra.

Para hablar mal, me callo. ¿No les parece a ustedes que es lo más correcto?



Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

- ¿Por qué te han puesto de mote el Magistrao?
— Porque me dedico a revocar autos.

Ayuntamiento de Madrid

Las cestas que van a la compra en España son muy revelatrices. Alardean y son misteriosas al mismo tiempo.

La compra en otros sitios del mundo es más sigilosa y disimula lo que ha comprado, o lo muestra en confusa y apretada red, en la que todo se pliega



como en un buche que ya comienza por engullir lo que la extranjera ha comprado.

En los mercados extranjeros se puede ver discutir, sospesar, oler y pagar las cosas que eligen las señoras y las comadres.

Después se recata su compra: forma



una sola y compacta piña dentro de la red, del bolso, del saco.

Cestas con cantoneras de plata, como las que aquí se usan, ésas no existen en el mundo, ésas son una especialidad española de gran alcurnia.

Si el observador está asomado de nueve a once de la mañana, le sorpren-

CESTAS DE PRIMERA — DE SEGUNDA — Y DE TERCERA

de todo el movimiento de cestas, y puede hacer la estadística del día.

La cocinera de gran moño — seguramente le llega el cabello hasta los calcañares — es la que pasa con la cesta de la abundancia, cesta que va bien con su figura repleta, sólida, de cocinera que ha echado buen pelo. Es esa cocinera la generala de las que van a la compra, y sabe hacer el gesto que aumenta la importancia de lo adquirido, y hace que de todo parezca que lleva más kilos de los que en verdad ha adquirido. La gran cocinera de moño inmenso debe saber distribuir las cosas en la gran cesta como con canalones y aleros para el agua, y hacer que se vean las patas con botines negros del carnero, la cabeza del conejo y los cuernos de la langosta, así como el rizado repollo de la reina.

Puede no ser sino un cuarto de cada cosa lo que lleva la gran cocinera en su buzón regio; pero sólo con eso dará un buen espectáculo y sembrará de apetitosa envidia todas las calles, haciendo que bostecen de hambre las puertas, los escaparates y las ventanas y balcones.

Pero la cesta más suntuosa del mundo es la cesta del obispo, en la que se reúnen el faisán, la piña americana y la cabeza de jabalí, que da miedo aun después de guisada.

Después vienen las cestas discretas: la cesta que lleva el asistente, y en la que desde hace poco han podido entrar buenos ingredientes, pues antes sólo iban unas cuantas patatas. La cesta del asistente es cesta segura, que el asistente defenderá hasta morir. Parece que el asistente compra mucho más barato y no debe *sisar*, porque se expone a ser fusilado si se le pilla en un renuncio a la hora de la cuenta, que suele dar cuadrado y como en plena revista.

Las cestas de la clase media vienen en fila: cestas nuevas, pero pequeñas, porque una cocinera está siempre llorando por una cesta nueva, desde que se le estropea un poco la que tiene. Sólo la pobre vieja arruinada que hace ella misma la compra puede sufrir la vergüenza de una cesta descostillada y con los corvejones y espolones al aire.

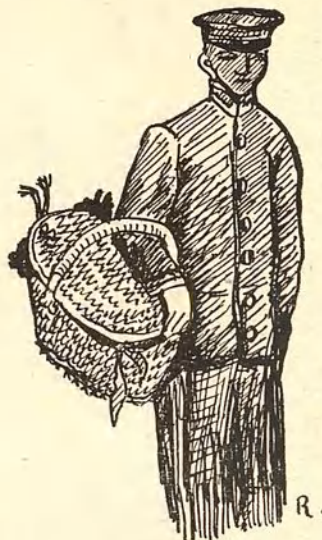
— Señorito — han dicho, plantándose, muchas cocineras con una gran dignidad —, o me compra usted otra cesta, o yo me voy...

La cesta del hidalgo es una cesta fuerte, de mimbres oscuros y con remiendos; cesta a la antigua, de las que perduran mucho en una familia; pero cesta en la que, después de todo, no va nada; va apenas un rabo de ternera para dar gusto a unas patatas guisadas, o unas

BUEN HUMOR

cabezas de besugo para dar gusto a un arroz. Pero la cesta del hidalgo lo que no deja nunca es de salir a la compra, aun los días en que el hidalgo tiene que ayunar por fuerza, y en los que vuelve con unas berzas miserables.

Como complemento de esas cestas,



como cestas que no son cestas, pero en las que se hace la compra, está el bolso de terciopelo para los jemelos, en que las dos pobres pensionistas, con cuatro duros de pensión para todo el mes, hacen su compra, deseando que no se note que han hecho tan bajo menester; y la bolsa de la costura que la mamá demasiado



descuidada y cochambrosa da a su hija para que haga la compra, sugiriendo una casa en la que falta a la plancha el agarrador, a la sartén el rabo, a las vinagreras los taponés, al perchero todos los cuernos.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

nuestro, y tildado de estetismo, y a quien un colega telegrafió desde Londres deseándole *Feliz año nuevo...* En el teclado telegráfico ocurre como en las imprentas francesas...

Tornando al tema. Destituído de su fiereza nominal nuestro muy querido embajador, sufre la influencia de las concesiones que lo desnaturalizan.

Hemos tenido ocasión de ver el ramo de rosas que en perfecto *galantuomo* ofreció a la primera de nuestras bailarinas, con motivo de una fiesta internacional, magnífica *gerbe*, un alarde de gran señor. Dos lazos de seda ataban las flores. La bandera francesa y la española. Es decir, la española... El grana y el amarillo, soberbiamente agrios (colores rectilíneos), se habían debilitado, armonizado, parisianizándose en el mundanismo suave de un carmín y un oro anaranjados, tenues como una sonrisa.

¡Y en Castilla no se sonrío, caballero!

Del más pequeño brote surge toda la primavera, y he querido citar la pequeñez que antecede — pequeñez en apariencia — como un síntoma del nuevo rumbo de las ideas y los sentimientos universales, respecto a nosotros.

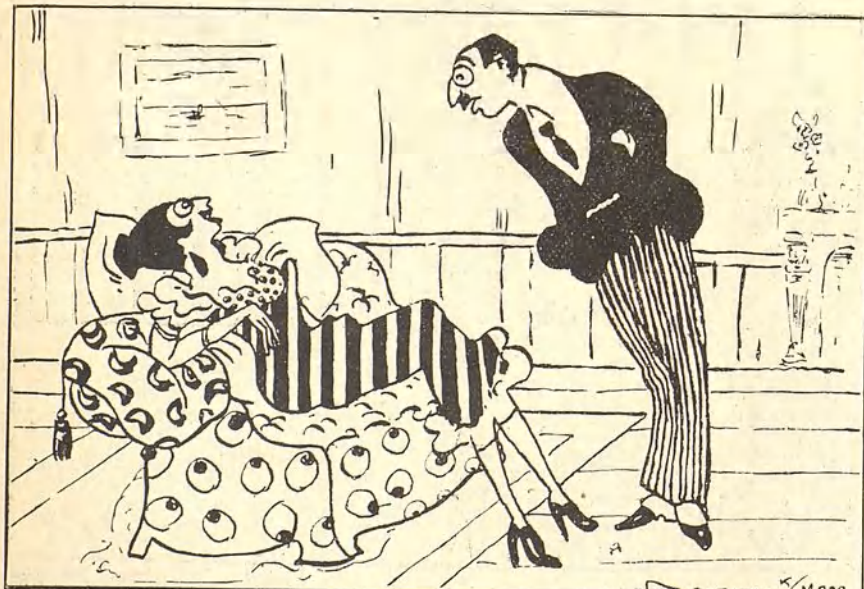
¿No se acaba de premiar a Benavente por la Academia Nóbel, precisamente a nuestro autor menos encerrado en armaduras tradicionales, el que ha flirteado en todas las latitudes del intelecto y con la más exquisita galantería? Al lado

suyo, el gran Baroja, pongo por caso, tiene la tosquedad venerable de los toros de Guisando...

Pero hay más. No hace mucho que se daba en un teatro de aquí *La vida es sueño*. Imaginaos lo que representa Calderón, que ha encarnado la raza en su inalterable y suprema rectitud moral; diríase que el destino colocaba frente a frente al apóstol de la rancia espiritualidad hispánica y a cuantos traen las recientes claudicaciones. Seamos verídicos. Triunfaron los últimos. Ciertamente ha maravillado el poeta. Pero... Pero la agencia de publicidad *Argus*, monopolizadora del servicio de recortes que interesan a las gentes conocidas, enviaba las críticas y sueltos de *La vida es sueño* a mi dilectísimo Ventura García Calderón, el ilustre peruano, todo cortesía y efusión conciliadora, que lleva en París tres lustros de prodigar su refinada sensibilidad. Don Pedro era ignorado... Verdad es que no se cuidó de suscribirse al *Argus*, y siempre los abonados tienen preferencia...

Sea como sea, queda registrado el hecho. Los extranjeros comienzan a estimarnos como seres normales, capaces de finura, libres de la fiereza ancestral. Quizás porque ya no les intranquiliza nuestra bandera en mil lugares de la tierra, flameante sobre las torres, como una gigantesca ñ que no podían pronunciar ni trazar.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Dib. ROSÉN. — Madrid.

— He observado que hace unos cuantos días me mira usted con mucho interés.

— Sí; desde que me he enterado de que es usted banquero.

Ayuntamiento de Madrid

TITIRIMUNDILLO

— Chico, he visto a ésa en la Bombilla. ¡Hay que ver, con qué lujo y bambolla iba!

— Sí; siempre ha sido mujer de pos-tín. ¿Dices que la viste en la bambolla?

— No, hombre; en la Bombilla.

«Los hombres no son de esta tierra.»
Ni de ninguna. De la tierra son las cebollas, las patatas, las coles, etc...

— Me he enterado de una proposición para casarse, estupenda.

— ¿Cuál?

— Pedir la mano de una Compañía ferroviaria.

— ¿Estás loco?

— ¡Es que he leído que el Gobierno piensa dotarla!

«El que llevaba la voz cantante llamó asesinos y ladrones a los guardias.»

¿Eso es voz cantante?...

¡Eso es voz insultante!

— Sigue en pie el conflicto taurino, porque entre las condiciones que piden en los toreros está la de saber qué toros han de lidiar.

— Eso, ¿por qué?

— Porque muchos diestros no quieren que les echen Palhas.

— ¡Caray! En cambio, otros querrán que les echen Palhas y medias suelas. ¡Hay que ver cómo llevan el calzado!

Con motivo de la rebaja del pan, los tahoneros han publicado una nota.

— ¿Era tierna esa nota?

— De la última hornada.

Dice un telegrama: «Cuando encendía los faroles, le dispararon dos tiros.»

Por lo visto, él encendería los faroles; pero a él trataban de encenderle el pelo.

— Señá Nemesia, ¿qué dice el médico de la enfermedad de su marido?

— ¿Que no le sientan los cambios de estación?

— ¿Qué es?

— Guardafrenos del expreso. ¡Calcule usted si cambiará de estaciones!

Después de un juicio de desahucio, se pegaron de palos dos abogados.

De modo que, como caso raro, se puede decir que los dos «habían perdido el juicio».

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA FIEBRE VERDE

¿La fiebre verde? Un hombre de malas intenciones, y a quien no hacemos caso alguno, dice que «la fiebre verde» viene a ser algo así como la fiebre amarilla. Nosotros no sustentamos el mismo desfavorable criterio; esa fiebre desde luego indica una enfermedad; pero nosotros no la creemos tan grave para compararla con la funestísima dolencia indicada.

Opinamos, de un modo sincero, que los comentarios irónicos que pueda originar la obra del Sr. Buenretiro no se deberán sino al título de la comedia.

Titulárase la nueva producción *No os andéis con juegos*, o cosa por el estilo, y tenemos la seguridad de que el autor habríase ahorrado muchos chistes que se han hecho a costa de la obra...

Pero el poco acierto de llamar *La fiebre verde* a todo lo que ocurre en el drama en cuestión, es algo que no puede hacerse impunemente; los chistosos encuentran que la obra *no está madura* — o séase que está verde —, y afirman que la señorita enamorada del galán es de tamaño despreocupación, que da margen a que *la pongan verde*. Añaden que el decorado de la obra está entonado en el mismo color; que el paisaje del Parque del Oeste es primaveral y verdoso; que el traje que luce Mercedes Pérez de Vargas en el acto segundo es de un verde Nilo que emociona... Se habla del tapete verde con insistencia. Es, en efecto, la fiebre y algo más: es la obsesión del verde...

Por lo demás, nosotros nada tenemos que oponer al fin pedagógico que inspiró al autor: su sistema de reacciones naturales empleado en el desarrollo de la obra, aunque está ya algo desacreditado como teoría, en la práctica surte efectos decisivos, y así lo estimó el público, que tuvo sus más entusiásticos aplausos para el dramita, para el Sr. Buenretiro y para los intérpretes.

Por cierto que el acto que más se aplaudió — sin duda por su originalidad — fue el segundo, que se desarrolla, como ya dijimos antes, en el Parque del Oeste. El autor salió ante el público reiteradas veces.

Y es que, sin duda, encontra-

ban todos muy interesante el hecho de que el Buenretiro pudiera aparecer en la entrada de la Moncloa...

CHISMES Y CUENTOS

Ha pocos días estuvimos en un teatro, al que, por cierto, acuden los autores con sus comedias como las moscas al clásico panal de miel. Según es costumbre en los saloncillos de los teatros, se hablaba mal de la gente, de

los comediógrafos, de las Empresas, etcétera, etc.

Allí nos dijeron que Raquel Meller, por no ser menos que Pearl White, la popular peliculara, piensa ingresar en otro convento de clausura; nos manifestaron también que Zacconi había renunciado al homenaje que le preparaban los actores españoles, al enterarse de que ni Emilio Díaz ni el que suscribe, especializados por larga práctica en la organización de agasajos, formaban parte de la Comisión; nos afirmaron que la Srta. Pinedo no piensa dar motivos para que se suspenda una sola función en la Zarzuela; nos enteraron de que dos populares autores le habían dado la gran paliza a un primer actor que no es la primera vez que soporta la ira de sus enemigos...

Después de esto llegó el turno a los autores que llevan comedias a dicho teatro.

— Tengo ahí — decía el director de la compañía — una serie de obras de verdadero compromiso, y que no voy a poder representar: una de ellas, de un buen amigo, al que quisiera servir, y que me trae loco.

— ¿Es buena la comedia?

— Está bien.

— ¿Cómo se titula?

— No recuerdo... ¡Ah, sí! Ya veréis. Se titula *Lo que no debe hacerse*.

Y un autor cómico que escuchaba en silencio, argumentó en seguida:

— Pues no veo el compromiso. Si es *Lo que no debe hacerse*, con no hacerla cumples con tu deber...

Para mi tranquilidad de conciencia, diré que el interruptor era el Sr. Paso (hijo).

JOSÉ L. MAYRAL

ANÉCDOTAS TEATRALES

EL TATUAJE DEL "COLAN"

Me había comprometido a representar el protagonista de *Don Alvaro, o la fuerza del sino*, nada más, y hacía ya una semana que unas monumentales tiras anunciaban la función en el desaparecido teatro de la Alhambra.

Jamás en mis primeros años de teatro tuve ni una sola prenda de época de mi propiedad, y ni aun me preocupaba de ir con tiempo a casa del sastre



Dib. ROBLEDANO.

Ermete Zacconi en Espectros.

Ayuntamiento de Madrid

para que me arreglase algo de lo que necesitaba; a más de que por mi excesivo tamaño era difícilísimo encontrar nada a mi medida. Yo veía la ropa un cuarto de hora antes de empezar la función, y el día a que me refiero, llegué al teatro a las ocho y media.

Empecé a probarme las prendas que el sastre me había llevado, y todo podía pasar, aunque con dificultad.

Lo único que no hubo manera de arreglar fué un calzón *colan* para cuando don Alvaro sale de uniforme, por lo que, llegado el momento, tuve que decirle a un chico que tenía a mis órdenes y que me ayudaba a *embutirme* en los trajes:

— Llégate corriendo a una tienda de géneros de punto y cómprame unos calzoncillos blancos, cuéstén lo que cuéstén; pero que sean muy grandes.

Entonces, como estábamos muy *atrásados*, no se cerraban las tiendas hasta las nueve.

Salió a escape el muchacho, y a los diez minutos ya estaba de vuelta: me traía unos espléndidos calzoncillos para el reuma, con más guata y más pelo que un oso. Me los probé, y me estaban divinamente.

— ¡Eureka! ¡Nos hemos salvado!

Pero se me ocurre mirarme al espejo, y veo que tenía en un lado, indudablemente de fábrica, y hecho con tinta azul, un león apoyado sobre un escudo y un 69 de un tamaño bastante grande.

— Como el público le vea esos dibujos — me dijo el chico —, vamos a tener juerga.

— ¡Calla! Pues es verdad. No me había fijado. Bueno; haré todas las escenas de perfil, y que cuando me saquen herido, en vez de ponerme los comparsas con la cabeza a la izquierda del público, que me pongan a la derecha, y así no me verán nada. Encárgate tú de decirselo a los soldados que me saquen en la camilla.

Hice mi monólogo y las escenas siguientes, cuidando de que el público no me viese la parte *policromada*; pero al chico se le olvidó decir a los comparsas lo que yo le había encargado, y ni a propósito lo hubieran hecho peor. Me colocaron de forma que se me veía todo el tatuaje de los calzoncillos, y en mi vida he visto al público reír más en un drama.

Hubo un espectador que se puso malo de risa.

MANUEL VICO

Modos de ganar dinero

El arte de hacer cuplés

¿Alguno de ustedes necesita dinero?
¿Sí?... ¡Parece mental! ¡Tan sencillo como es ganarlo!
¿De qué manera?
Poniéndole música a un cuplé.



Dib. GASPARI. — Madrid.

ÉL. — *De tus labios libaría la miel...*
ELLA (aparte). — *¡Y el carmin!*

Nada más cómodo, ni más sencillo, ni más provechoso.

Para ello no hace falta estudiar armonía, tener inspiración, ni siquiera saber dónde está el Conservatorio.

Con no olvidar el domicilio de la Sociedad de Autores, para presentarse a cobrar todos los primeros de mes, basta y sobra.

Tened un poco de memoria, un poco nada más, y lo tendréis todo.

Me explicaré.

El arte de hacer música popular yo lo había considerado siempre muy difícil; pero hoy, ante el aprovechado concepto que de ella tienen algunos de los compositores que presumen de *ases* en la baraja del *pequeño derecho*, he comprendido que me hallaba en un error.

Si el dinero y el éxito de un cuplé consisten en que su música se haga popular, y música popular es aquella que todo el mundo conoce, no cabe duda que, adaptando o transcribiendo melodías viejas y ya sabidas, se lleva mucho adelantado para el logro de la popularidad.

En resumen, que la música popular no necesita escribirse, puesto que ya fué escrita.

Sentado esté precedente por numerosos maestros que lo explotan sin escrúpulos, y admitido sin protesta por el público, que lo aplaude, y por la Sociedad

de Autores, que lo paga sin oposición de ninguna especie, se comprenderá que no carece de lógico fundamento la afirmación que al comenzar expuse.

¿Quién, por torpe de oído que sea, no retiene en su memoria cualquiera de las melodías escuchadas en esta o aquella zarzuela durante su juventud? Con recordar bien una parte, la más pegadiza, para el estribillo, se tiene lo suficiente. Lo demás, si al utilizarse no se recuerda, mejor. Así saldrá un poco desfigurado y podrá creer la gente que es original.

Por esto dije antes que bastaba un poco de memoria.

¿Que tropieza usted con el inconveniente de no saberlo llevar a la pauta?

¡Bah! Nunca falta un músico amigo... (de fastidiar a los compañeros) que, mediante la entrega de unos reales, se lo escriba, se lo armonice, se lo instrumente y, firmado por usted, lo lleve al Registro de la Propiedad.

De la letra no debe usted preocuparse.

Al fin y al cabo, es cosa que no tiene importancia. Cualquier cantar o epigrama de los que a diario vemos en las hojas de los almanaques pueden servir para el caso.

El público y las artistas para nada se preocupan de la originalidad.

Conque ya lo sabe el lector. Si desea ganar dinero, ¡ánimo y a los cuplés, que la música es de todo el mundo! Y lo que se cobra por *pequeño derecho* también. Fíjese usted si no en la cantidad de *ases* y de *reyes* que triunfan. Y los muchos que se conforman con ser *caballos*, para ir *tirando* también.

Por si alguna duda o reparo estorbase su decisión, voy a referirle lo que hace pocos días me sucedió con uno de los *ases* que nunca fallan en el género cupleteril.

— Oye — me dijo, tomando asiento junto al piano —. Quiero que conozcas la última canción que compuse para Raquel.

La oí sorprendido.

— ¿Qué te parece? — me interrogó.

— ¡Preciosa!... ¡Admirable!... Pero... ya la conocía.

— ¡Ah!... ¿Sí?...

— ¡Claro! Es una cosa vieja.

— Lo sé. Por eso digo que la he *compuesto*. Las cosas, cuando son nuevas, no necesitan *componerse*.

Tuve que darle la razón.

Y abundando en esta teoría, opino que la mayor parte de los músicos modernos debieran trocar su actual denominación de compositores por la de *componedores*.

Resultaría mucho más apropiada.

De lo contrario, el zapatero remendón que trabaja en un portal de mi calle, tiene perfecto derecho o ostentar el título con que se anuncia, y que dice así: «Maestro compositor.»

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

El Concurso de carteles para el baile de máscaras del Círculo de Bellas Artes

Originales premiados y algunos de los carteles que han figurado en el Concurso



Segundo premio, de Salvador Bartolozzi.



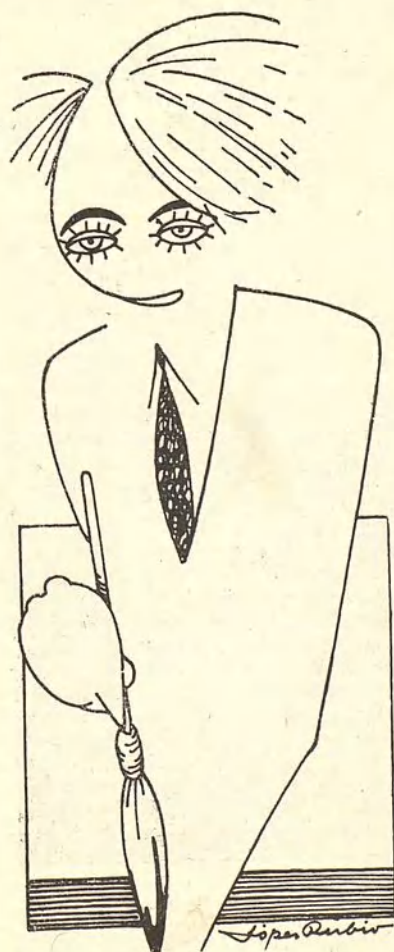
Primer premio, de Félix Alonso.



Tercer premio, de Ramón Manchón



Cartel de Federico Ribas.



Caricatura de Alonso, por López Rubio.



Cartel de Rafael de Penagos

LOS ÉXITOS TEATRALES

"LA TRAGEDIA DE MARICHU"

El ilustre Carlos Arniches nos ha cedido, para su publicación, una escena de La tragedia de Marichu, último estreno del teatro Eslava. En ella participan el éxito con el autor esos formidables artistas que se llaman Catalina Bárcena y Manuel Collado.

ESCENA X

CALIXTA, TONY; luego MARICHU.

TONY (entra muy contrariado; está pálido, nervioso). — ¡Buenos días!

CALIXTA. — ¡Señorito!...

TONY. — ¿Está la señorita?

CALIXTA. — Está en su cuarto... Si quiere el señorito...

TONY. — Sí; haz el favor de decirle que tenga la bondad de salir un momento.

CALIXTA. — En seguida, señorito. (Vase al caba.)

TONY (nerviosísimo). — ¡Y ésta era la que se estaba muriendo, la que estaba poco menos que en la agonía!... Y me la encuentro cantando y dando unas carcajadas... Tiene razón Ramiro. ¡A las mujeres, para dominarlas, un desprecio absoluto!... ¡Ah!... Cuantas más perreías se les hacen, más se interesan. ¡Es la verdad!... ¿De qué me han servido los días que he pasado?... Cantando, ¿eh?... ¡Pues ahora verás cómo me encuentras a mí!... ¿Tú cantas?... ¡Pues yo voy a

silbar cualquier cuplé, para que no creas que...! (Lo intenta, y no le sale el aire.) ¡Ay, que no me sale!... ¡Que no me sale!... Claro; en cuanto me pongo nervioso, me falla el aire... ¡Es una desdicha!... Voy a ver si puedo; así, un tarareo algo guasón que... (Intenta tararear, y tampoco puede.) ¡Tampoco!... ¡Clarol!... ¡Y es que estoy que se me pega la lengua al paladar! ¡Dios mío!... ¡Pues si quiera, la indiferencia!... ¡Serenidad, para que no se me estropee la indiferencia!... ¡Ellal... Bu... bu... bueno; co... co... como hace tantos días que no la he visto, tengo una emo... emoción, que no... ¡Va... va... valor, Tony, que si no haces el ridículol... (Aparece Marichu. Se ven, y se sonríen con aparente indiferencia, queriendo mostrar sentimientos contrarios a los que sienten; están emocionadísimos.)

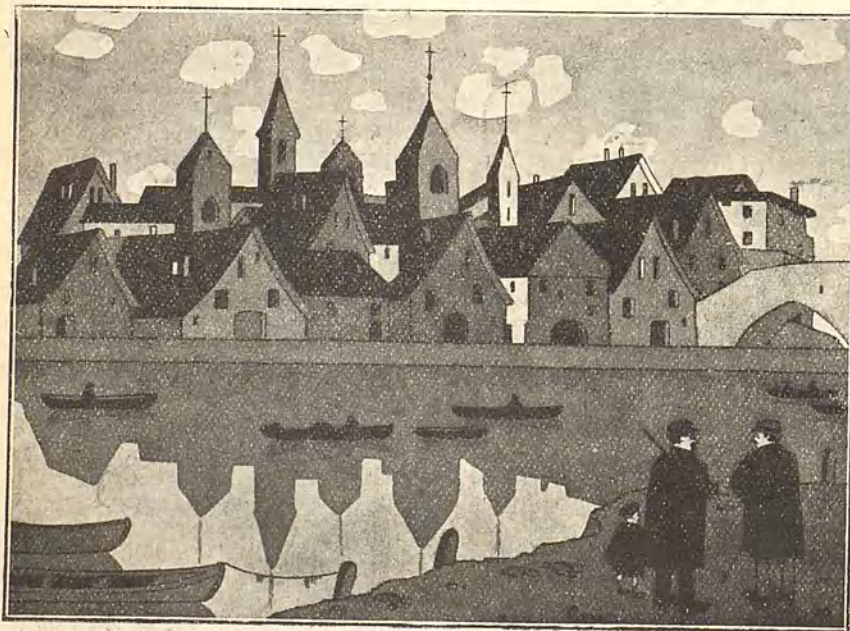
MARICHU. — ¡Hola!... ¿Tú aquí?...

TONY. — Yo..., yo..., yo..., yo...

MARICHU. — Pero ¿eres tú?

TONY. — Sí, yo..., yo..., yo..., yo soy. Al menos, en esa confianza he venido.

MARICHU. — Muy bien, hombre; muy bien. Y ¿qué tal, qué tal estás?



Dib. HERRERO. — Bilbao.

— Este pueblo fué bombardeado por los hérulos.
— ¡Pero, hombre!... ¡Si cuando los hérulos aun no se conocía la artillería!...
— ¡Qué mal anda usted de Historia!... Aquellos tíos eran tan listos, que tuvieron cañones antes de que se inventasen.

TONY. — Muy bien, gra... (se me pega) gracias... ¿Y tú?

MARICHU. — Pues divinamente, gracias a Dios. (Está más delgado.) Y en tu casa, ¿todos bien?

TONY. — Sí, to... todos bien; muchas gra..., muchas gracias. ¿Y por..., y por aquí?

MARICHU. — (Se le pega la lengua). Admirablemente... (Se le caen las llaves.) ¡Ay, las llaves!... Admirablemente. Pero siéntate, siéntate, por Dios.

TONY. — No, gra... gracias, no te mo... mo... molestes. (¡Tiene ojos de haber llorao!)

MARICHU. — ¡Nada de molestia! ¡Ay, el abanico!... (Se le cae, y lo coge.)

TONY. — (Se le cae todo.)

MARICHU. — Pero siéntate; aquí tienes esta silla baja, o esta regular, u otra más alta. La que prefieras.

TONY. — No, por Di... por Dios... Si estoy divinamente de pie. Yo me siento muy poco... Ya te acordaras...

MARICHU. — No, no me acordaba; pero es igual. ¡Ay, el abanico!... (Lo coge.)

TONY. — Además, como me ofreces tres y no me pue..., me puedo sentar en las tres...

MARICHU. — ¡Clarol!... ¡Cómo te vas a sentar en las tres!... ¡Ay, qué graciale... ¡Ja, ja, ja!... (Se le cae un periódico.) ¡Ay, el BUEN HUMOR!

TONY. — Espera. (Intenta cogerlo.)

MARICHU. — No, no te molestes... Es el BUEN HUMOR; un semanario que leo ahora. ¿Sabes? Como es tan divertido...

TONY. — Sí; pero no conviene que se caiga, porque si pierdes el buen humor...

MARICHU. — ¡Ay, qué graciale!... ¡Tú siempre tan ocurrencel! ¡Perder yo el buen humor!... ¡Quita, hijol!... Ya me conoces. Tendría que pasarme algo grave, y gracias a Dios... ¡Ay, las llaves! (Las coge.)

TONY. — Sí, claro. Y de salud, ¿estás mejor?

MARICHU. — Cómo mejor, hijo... ¡Pero si no he estao mala!

TONY. — ¡Ah!... ¿No?... ¡Pues me habían dicho que no te podías mover de la cama!

MARICHU. — Claro; pero... ¡no me podía mover de la cama de lo tranquila que duermol! ¿Yo enferma?... ¡Pero si tengo unos colores!... Fíjate.

TONY. — ¿Esos no son de barrita?

MARICHU. — ¿Cómo de barrita?... Toca si quieres..., es decir..., bueno...; pero mira. (Se frota el pañuelo y se lo enseña.) Baste decirte que el doctor Pepe, como es tan bromista, me ha dicho que mi cara no haría mal papel en una banana de tomates.

TONY. — Sí; pero no hagas caso. Lo mismo me ha dicho a mí de una banana de calabacines, y ya ves.

MARICHU. — Pues te aseguro que peso más que antes; pero mucho más. Con decirte que he ganado cinco kilos...

TONY. — ¡Carambal!... ¡Cincol!...

MARICHU. — Y tú, ¿no has ganao nada?

TONY. — No, no...; yo, como ganar..., no quiero engañarte. ¡Ganar me cuesta un trabajo!

MARICHU. — Pues ponte a régimen. Porque, creeme, no hay nada como la salud... (Se le caen las llaves.)

TONY. — Sí, es lo primero.

MARICHU. — Y luego, que el primer síntoma de la salud es la alegría, ¿sabes? ¡Y yo tengo una alegría! ¿No me has oído cantar?

TONY. — No; cantar, no... Antes me pareció haber oído así como unos mayidos... Tanto que yo decía: ¿pero que le estarán haciendo a la gata?

MARICHU (ardiendo en ira). — ¡Ay, a la gata!... Ja, ja... ¡Qué ingeniosos! ¡Qué finos!... ¿No has podido apreciar que era yo?

TONY. — No...; como tengo tan mal oído yo también...

MARICHU. — Sí, claro, no oyes las groserías que dices... tú también. (Arranca una tira de tela de la butaca en que está sentada.) Conque basta de discreteos y ten la bondad de decirme a que debo el honor de tu amable visita..., porque tengo que salir y... (Arranca otra tira.)

TONY. — Pero ¿qué estás haciendo?

MARICHU. — Nada; ensayos. Conque tú dirás.

TONY. — Bueno, pues sin discreteos... Ponte inmediatamente otro traje, y a casa.

MARICHU. — ¿Cómo? (Se levanta.)

TONY. — ¡Que a casa!

MARICHU. — Espérate, que como tengo tan mal oído... (Se zarandea rápidamente el oído con el índice.) ¿Qué has dicho?

TONY (cada vez más nervioso). — ¡Que a casa!

MARICHU. — ¿A qué casa?

TONY. — A la nuestra.

MARICHU. — ¿A la tuya?

TONY. — No, señora. (Dando un grito.) ¡A la nuestra!... ¡Que ya me estoy yo poniendo nervioso, eal... ¡A casa!

MARICHU. — ¡Ay, nervioso, no, por Dios!... Aquí tienes azahar, éter, bromuro... Toma lo que quieras, porque yo..., ¿oyes bien?... yo no me muevo de aquí ni a tirones.

TONY. — Es que si no vienes por buenas, te obligará un abogado.

MARICHU. — Ni San Roque, que es el abogado más simpático que conozco.

TONY. — Es que has de saber que las mujeres no pueden abandonar el domicilio conyugal, según el..., espérate. (Se busca en los bolsillos.)

MARICHU. — ¿Te lo han apuntado?

TONY. — Me lo han apuntado. Según el artículo 123 del Código civil, sin in..., janda, han puesto incurrir sin hachel..., sin incurrir en las penas a que se refiere el párrafo...; no lo encuentro... (Da vueltas al papel y no sabe dónde seguir.) Pero ja casa!

MARICHU. — ¡A casa!... ¡Yo, a casa por el párrafo no sé cuántos del artículo no sé qué!... Y tú, a cenar con los amigos y con las... amigas. Y a oír cada párrafo..., y a consumir artículos, y a beberse... ¡hasta el Código!... Y yo, metida en casa,



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¡Que voy a cerrar el parque!...

— ¡Está muy bien!... Procure que no haga ruido la puerta, porque tengo el sueño muy ligero.

¿verdad?... Claro, una chiquilla; se la dan cuatro gritos y se la asusta. Y si quiere, que se aguante, y si no, que se muera... Pues, ¡no!

TONY. — Pues, sí.

MARICHU. — Pues, no. Porque yo no sé en qué párrafo ni en qué artículo; pero las mujeres, aunque tengamos el defecto de ser decentes, también tenemos el derecho de dejar de querer a quien nos dé la gana, y de corresponder en la moneda que se nos pague. ¡Eso es!

TONY. — Yo no voy con ninguna perularia.

MARICHU. — Vas. Y eso no te lo aguantó yo.

TONY. — ¿Pues no dices que no te importa?

MARICHU. — No me importa; pero no te lo aguanto.

TONY. — Bueno; ¿vienes a casa?

MARICHU. — ¡No!

TONY. — ¿No?

MARICHU. — No.

TONY. — ¿No, por última vez?

MARICHU. — ¡Por última, y por primera, y por todas! ¡No, no y no!

TONY. — Está bien; pues tantísimo gusto...

MARICHU. — El gusto es mío.

TONY. — A los pies de usted.

MARICHU. — Beso a usted..., ¡es decir, yo qué voy a besar! ¡Vaya usted a pasear!

TONY. — Y ahora es cuando te van a decir a ti con razón que me voy de juer-

gas...; porque que llevo yo a la Cibeles a la Cuesta de las Perdices en un camión, eso es viejo... Y voy a ir del brazo con quien me dé la gana; y me voy a jugar, no el pelo, que eso es poco, ¡el cuero cabelludo!

MARICHU. — Está bien. Groserías de esas no puedo decirte; pero ya te irás enterando de lo que voy a hacer yo..., que me considero sola y libre.

TONY. — Eso de libre...

MARICHU. — Y libre.

TONY. — Bueno; y ¿a mí qué?... Por supuesto, que todo esto ya veo yo lo que es. ¡Que estás rabiando porque he estado quince días sin hacerte casol... Ni más ni menos.

MARICHU. — ¿Yo rabiando?... Ja, ja... ¡Dice que yo rabiandol... ¡Ja, ja, ja!...

TONY. — Que me quieres y te tienes que fastidiar.

MARICHU. — ¿Yo quererte?... ¡Pero si no te puedo ver, si te odio!...

TONY. — Me odias, y tienes unas ojeras que te arrastran.

MARICHU. — ¡Pues qué te pasará a ti, que has venido a buscarme y que no podías hablar cuando me has visto, del temblor que tenías!

TONY. — ¿Y a ti..., que de verme se te ha caído hasta el BUEN HUMOR?...

MARICHU. — ¿A mí?...

TONY. — ¡La tengo quince días en la cama, y se me pone moños! ¡Vamos, hombre!



LA NOVIA DEL TORERO

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

—¡Ay, Exuperio!... ¡Ya te decía yo que me moría por tus pedazos!...



MARICHU. — ¡Yo en la cama, y tengo una salud!...

TONY. — Sí; una salud que le está costando a tu padre veinte duros diarios de médico... Y si no, véase la robustez. (Leyendo la etiqueta de los frascos que coge.) Polibromuro del doctor Kramel, píldoras antinervinas del doctor Corpa, éter..., azahar...; ¡vamos, hombre, si pareces un botiquín de urgencia!... ¡Quítate de ahí!...

MARICHU. — ¡Bueno; a la calle, so grosero!

TONY. — Sí, señora; pero para siempre. Y ya vendrás a buscarme llorando..., para que te quiera... Pero ¡ya verás! ¡Adiós!

MARICHU. — ¡Yo llorando!... ¡Ja..., ja... ¡Eso quisieras tú!... ¡So necio!... ¡Presumido!... ¡Yo llorar!... ¡Qué iluso!... ¡Ahora verás tú lo que lloro! (Se sienta al

piano y canta furiosamente, con unos gritos destemplados llenos de lágrimas.) «Nena, me decía loco de pasión.» ¡Mira lo que lloro! «Nena, que mi vida llena de ilusión.» ¿Ves lo que lloro? «Deja que ponga, con embeleso, junto a tus labios la llama divina de un beso.» Di ahora que lloro, indecente, canalla, grosero. ¡Calixta, Calixta!

RAMIRO (se asoma por el ventanar). — ¡Chist!... ¡Marichu!... Encontré automóvil. Te llevo.

MARICHU. — ¡Sí, sí!... ¡Estoy resuelto!... Esta noche a Biárritz. Quiero sorprenderlos, arañarlos, dar el escándalo... ¡Voy a Biárritz!

JOSEC (con cubrepolvo, casquete, y, sobre éste, gafas negras.) ¡Y yol!... (Se aterran. Ramiro desaparece.)

TELÓN

Ayuntamiento de Madrid



HAZAÑA DESAFORADA

COSAS DEL SIGLO DE ORO

Es una noche sombría...
 Por una angosta calleja
 camina un hombre, embozado
 en luenga capa de piel.
 Cualquiera adivinaria,
 si le viera andar, que aqueja
 al caballero tapado
 una dolencia cruel...
 A ratos su mano acude
 por bajo de la cintura;
 palpa el *anverso* la diestra
 y oprime la otra el *revers*...
 ¡Y pide a Dios que le ayude
 a acabar con su tortura,
 que, juzgada por la muestra,
 cosa del alma no es!...
 De súbito se detiene...
 Deja escapar un suspiro...
 Su vista alza, suplicante,
 cual demandando valor...
 Sus ansias ya no contiene...,
 y *algo* que semeja un tiro
 hace que el eco levante
 un furibundo rumor...
 Y aquí el gentil hidalgüelo
 echa al olvido el recato,
 su ropilla desordena
 y se aproxima a un zaguán...
 Toma acomodo en el suelo
 como cualquier mentecato,
 y presto alivia su pena,
 calmando el mezuino afán.
 El ambiente se satura
 de un descomedido aroma...
 ¡Busca el mozo su bolsillo
 y mete la mano en éll...
 Algo quiere... Por ventura,
 lo halla en el bolso y lo toma:
 un pergamino amarillo
 tan suave como el papel...
 Lo mira con menosprecio
 y se enjuga prontamente,
 sin que vergüenza le infunda
 tamaña profanación:
 ¡¡A sus espaldas el necio
 llevó a hollar traidoramente
 toda la escena segunda
 de un drama de Calderón!...



La misma hazaña cobarde,
 el mismo horrendo atentado
 y la misma acción villana
 que ese hidalgo cometió,
 se ha cometido ayer tarde
 con un libro publicado
 por don Álvaro Retana,
 ¡y el autor he sido yol!

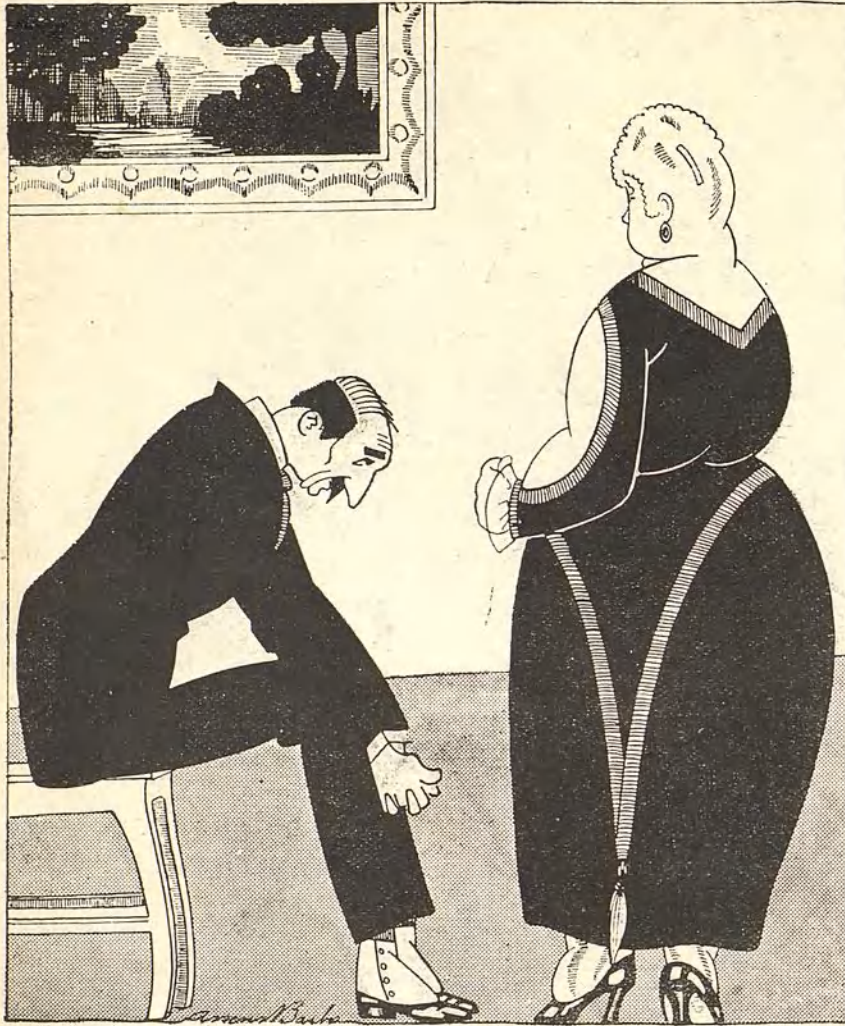
NÉSTOR O. LOPE



— Me alegra saber que uno de mis antiguos clientes le ha recomendado mi pensión.
— Así es, señora. Yo quiero adelgazar, ¿sabe?; y él, entonces, me ha dicho que viniera aquí.

Dib. AZPIROZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



Dib. ASSÉNS-BARBA. — Barcelona.

— ¿Tanto te aflige la muerte de tu cuñada?
— ¡Figúrate!... ¡Si me hubiera casado con ella, ahora sería viudo!

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO HISTÓRICO

JUDAS ES INOCENTE

— El director de BUEN HUMOR?
— Servidor de usted.
— Mucho gusto... Yo soy Judas Iscariote.
— ¿Cómo ha dicho usted?
— Judas Iscariote, apóstol de Cristo.
— ¡Caballero!...
— Sí..., ya comprendo su extrañeza. Es muy natural. Yo mismo no he salido aún del asombro que sentí en el momento de mi reencarnación. Pero puede usted estar seguro, caballero, de que soy Judas en persona. En el siglo me llamo Inocente Pérez y trabajo como actor melodramático.
— Bien, bien. Mucho gusto, señor...

Pérez. Y ¿a qué debo el honor de... ofrecerle una silla? ¿Desea usted algún suelto, algún reclamo? Usted me dirá.

— Deseo una rectificación.
— ¿Se considera usted ofendido por algún juicio nuestro? ¿Entiende usted, acaso, que su trabajo no ha sido apreciado debidamente?

— Sí, señor; eso mismo. No ha sabido apreciarse mi trabajo. No se ha sabido nunca apreciar mi trabajo. En la centuria próxima hará dos milenios que yo, Judas de Kerioth, apóstol, presenté mi dimisión de ser viviente y me despedí del mundo, lo mismo que mi maestro, con una cena, aunque si El rodeado de

sus discípulos, yo, en cambio, convertido en anfitrión de cuervos.

»Desde aquellos remotos días, la Humanidad no ha cesado de execrarme y vilipendiar mi nombre. Nunca, entre el unánime coro de vituperios, se alzó una voz justiciera a proclamar valerosamente mi inocencia, mejor diré, a enaltecer mi abnegación, realmente heroica, pero absolutamente desconocida. Nadie se ha dado nunca cuenta de mi inculpabilidad, pues nadie hubo que examinase reflexiva y serenamente los últimos hechos de mi dramática vida pública, por los que la Humanidad ha venido considerándome como el infame entre los infames, y que lejos de constituir, según se piensa, el baldón mayor de ignominia, son para mí, al contrario, el mayor timbre de gloria.»

— ¡Hombre!...

— ¡Lo he dicho, y lo sostengo, caballero: el mayor timbre de gloria! Supóngase usted que en alguna función benéfica, durante la representación del drama anunciado en los carteles y programas, cualquiera de los actores principales y, por tanto, de menos fácil sustitución, alegando lo ingrato del papel que se le encomendara, se negase a desempeñarlo, sin consideración al fin caritativo del espectáculo.

»¿Qué es lo que harían los espectadores? Probablemente, pedir la cabeza de tal sujeto; y, por lo menos, reclamar su presencia en el escenario y transferirle, por la vía aérea, el dominio de toda suerte de objetos arrojadizos.

»Pues bien: imagínese ahora que yo, Judas Iscariote, al hacerme cargo del papelito que se me había reservado en el gran drama de la Pasión, me hubiese negado a contribuir de aquella manera, verdaderamente hartamente, a la redención del género humano. ¿Qué habría ocurrido?

»En realidad, esa fué mi primera idea, mi primer impulso, más bien. Pero comprendí que la voz de mi conciencia no podía, de ningún modo, prevalecer sobre la de los profetas; que el deber de Judas era ser Judas, y que, aun cuando mi intervención no era realmente necesaria para el prendimiento del Galileo, y si tan sólo un recurso escénico encaminado a la captación de la galería, que quiere un traidor en todo drama, era necesario que yo fuese un traidor.

»Y lo fui — si es que tal cosa puede de mí afirmarse — para que las profecías se cumplieren y los planes del Maestro se realizaran sin obstáculos por mi parte. ¿Hice bien, o no?

»Los historiadores, sin embargo, creen, como lo cree todo el mundo, que fué el lucro mi único móvil. ¿Cabe mayor simpleza? Yo era, por elección del Elegido, el cajero y ecónomo de aquella gran compañía dramática. Positivamente, sabía que mi Maestro predicaba el desprecio de las riquezas. Conocía sus perseverantes exhortaciones al desasimiento de las terrenidades, y por suyo tenía

aquel precepto — que habría de hacer en las barricadas tantos mártires —, según el cual «lo que es de uno, es de todos». Encontraba, pues, manifiestamente contradictorio el hecho de que tuviésemos un *cofre-fuerte*, una hucha, un cepillo; y cuan recatadamente podía — para no herir suspicacias —, procuraba que no hubiese en el erario sino la cantidad de contradicción menor posible, a cuyo objeto me contradecía yo por todos, con un espíritu de abnegación no comprendido por los historiadores, que me acusan, sencillamente, con la más crasa de las injusticias, de haber distraído fondos. ¡Vamos, hombre!

«¿Qué podían significar para mí, dígame usted, treinta tristes duros, esto es, unos doce cochinos duros? ¿No los arrojé, indignado, a los pies de los sacerdotes, apenas supe que ellos vendrían a ser el precio de la sangre de mi Maestro? Incuestionablemente, ni hubo traición ni lucro. Mi conducta fué, muy por el contrario, ejemplarmente heroica; yo, pobre de mí, había de morir cubierto de infamia, lleno de remordimientos y náuseas de mí mismo por haber cumplido con mi deber, y deshonorando, en fin, la saga, mientras Jesús glorificaba el leño.

«¿Qué habría hecho otro en el lugar mío, ni qué otra cosa hubiera yo podido hacer? ¿Qué habría hecho Abel en el caso de Caín? Y ¿acaso Gestas, el mal ladrón, no hubiera cien mil veces preferido representar el papel de Dimas?...

«Pero no quiero entretenerle a usted por más tiempo. Creo dejarle completamente convencido, no sólo de que Inocente es realmente Judas, sino también de que Judas es inocente.»

MANUEL GALÁN



EN VOZ ALTA

¿Qué dice su señoría?...

Todos saben que el Sr. Groizard padecía a veces distracciones que daban lugar a equívocos graciosos.

Era presidente de la Alta Cámara, y una tarde tuvo que pronunciar un discurso necrológico con motivo de la muerte de un senador. El Sr. Groizard se extendía detallando la vida y merecimientos del finado de una manera reposada, concienzuda. Ya llevaba largo tiempo hablando. La mayor parte de los abuelos de la patria dormitaban en sus escaños, sin duda para no perder su diario entrenamiento. Como el presidente no llevaba trazas de acabar, pues enumeraba hasta las notas de sobresaliente que el fallecido obtuvo cuando estudió el bachillerato, el duque de San Pedro de Galatino aprovechó una pausa del orador para acercársele y rogarle que le concediera la palabra una vez hubiese terminado.

Groizard asintió con una inclinación de cabeza, apuntó el nombre del peticionario al final de unas notas que tenía en la mano izquierda, y que de vez en vez consultaba para aportar un nuevo detalle a la necrología de que se ocupaba, y continuó hablando.

Al fin terminó (todo llega en este mundo); hubo un poco de rebullicio en la sala, ese pequeño rebullicio de los que han estado quietos largo tiempo y pueden ya libremente removerse en sus asientos sin que parezca descortés impaciencia, cuando el Sr. Groizard, desde su alta presidencia, tosió un poco, miró atentamente el papel, que aun no había guardado, en el que tenía las notas del fallecido, y tomó de nuevo la palabra:

«He de participar, con gran sentimiento mío, otra dolorosa noticia a los señores senadores que me escuchan. Inesperadamente, sin que aun pueda saber

concretamente la causa, ha fallecido otro de los más dignos senadores que han integrado esta Corporación...»

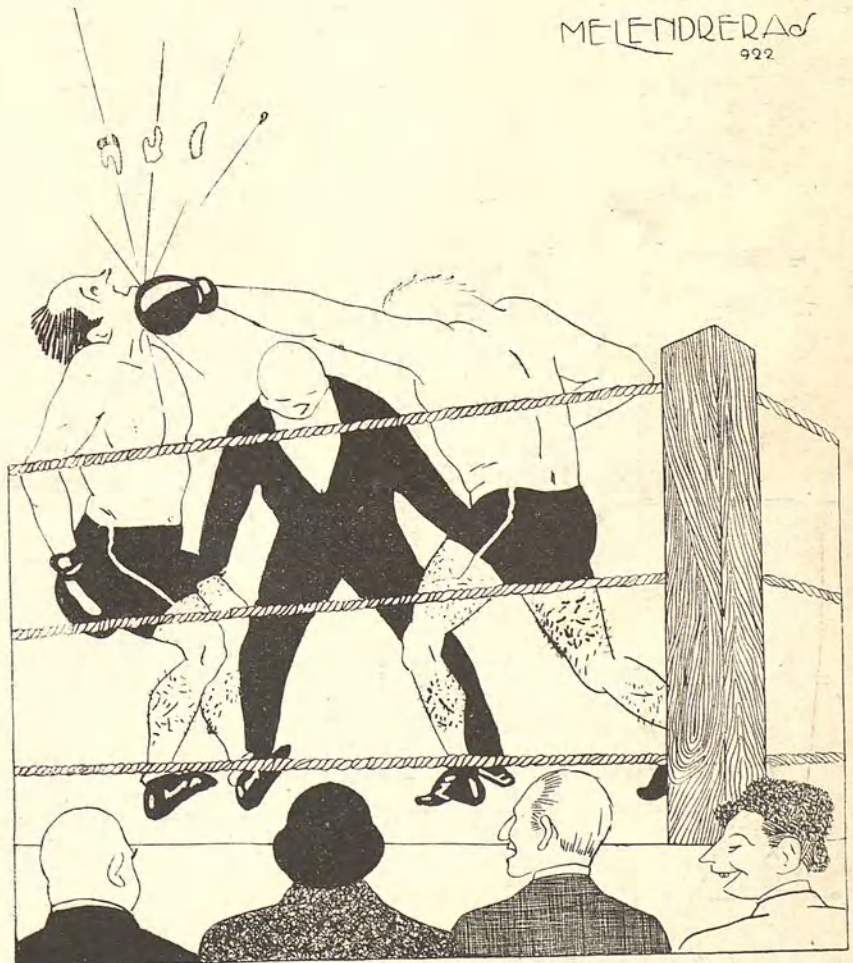
— ¿Otro muerto?... — se preguntaron, desolados, con la mirada los abuelos de la patria, que acababan de descabezar el primer sueño de la tarde.

El presidente de la Cámara volvió a mirar el papel, que había dejado sobre la mesa, y leyendo el nombre que últimamente había apuntado continuó:

«Sí, señores senadores, acabo de recibir la noticia de la muerte de otro dignísimo y valioso compañero de Corporación. He aquí su nombre, para que sirva de duelo a nuestros corazones: el duque de San Pedro de Galatino...»

Excuso decir la *juerga* que se armó en el Senado con tal noticia, oída por el mismo duque, allí presente...

FRANCISCO DE TROYA



PUGILISMO

Dib. MELENDREAS. — Madrid.

EL BOXEADOR. — ¡¡Mis dientes!!...

UNO DEL PÚBLICO. — ¡Los hay de oro, amigo!...

¿HAY NIÑOS?

El mejor bocado, la habitación más soleada, el colchón más blando y la sonrisa más dulce de Damiana Abréu eran para don Modesto Lagunilla, su huésped.

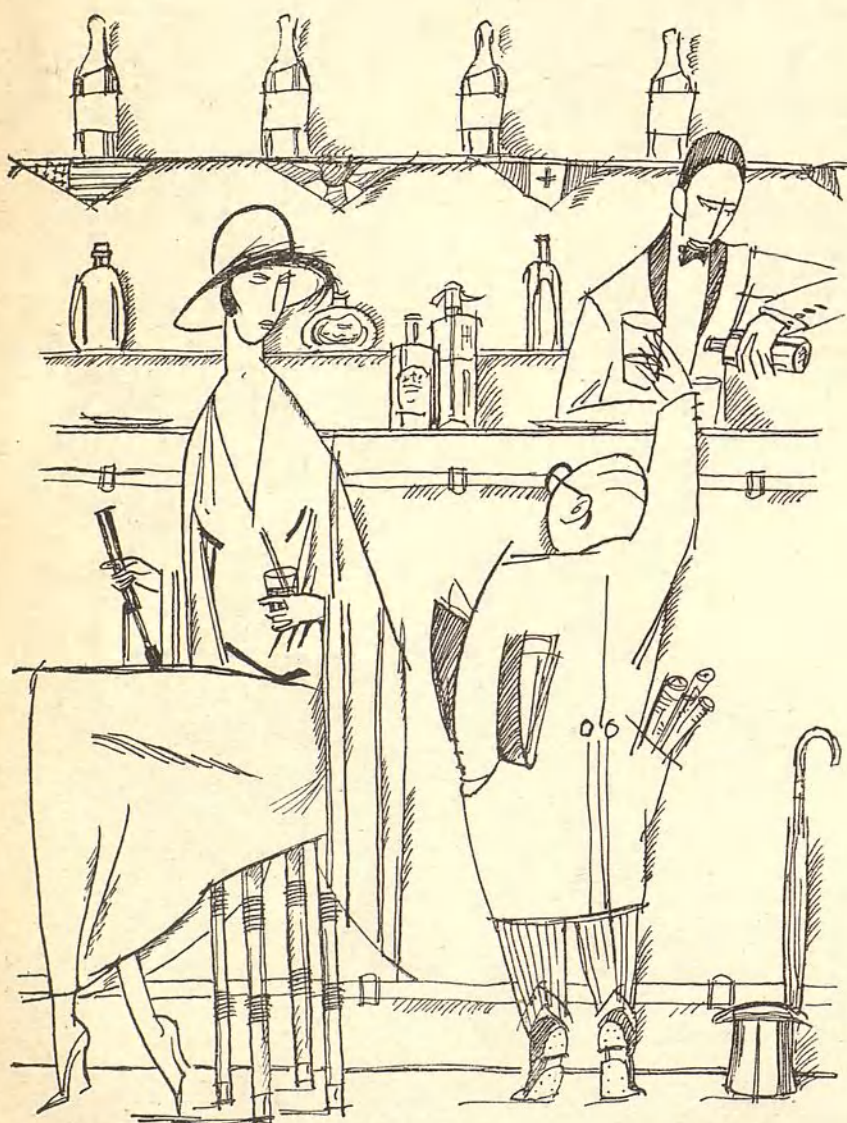
Lagunilla era un señor de cierta edad, empleado en la Sociedad de seguros La Inestable, carambolista acérrimo, miope contumaz y fumador empedernido.

La historia de la vida de Lagunilla era escasa y misera. A los treinta años le sajaron un forúnculo y a los treinta

seis le dieron un premio en un concurso de pasatiempos. Nada más.

Era tacaño y avaricioso. Si alguna vez estaba alegre y efusivo, repartía algunos abrazos y apretones de manos y volvía a su cuarto arrepentido de aquel dispendio. Para no dar, no daba ni ruido, para lo cual gastaba unas botas con suela de goma. De su petaca jamás salió un cigarro para un amigo, y la ceniza de los que él fumaba se la echaba en la solapa, lo que ponía de relieve su espíritu económico.

Damiana, de acuerdo con su marido



Kaño

Dib. KAÑO. — Madrid.

— ¡Mira que decir Pepito que éste es un hombre de muchos alcances!...

— la única vez que estuvieron de acuerdo —, mandaron un anuncio a un periódico para «arrendar una habitación a caballero formal».

Se presentó Lagunilla. «Este nos ayudará a pagar la casa», se dijeron. Y Lagunilla, no sólo ayudaba a pagar la casa, sino que, al entrar, ayudó a mudar los colchones y una mesita de noche.

— ¿Hay niños? — preguntó.

— En casa, sólo uno; en la calle, muchos.

— Los de la calle no me importan, ni los del Hospicio...

— ¡Luisito! — gritó la madre.

Y un menguado y sucio chucuelo, con cara de pasmado, se presentó. El señor Lagunilla frunció el ceño y miró con mal talante al chico. Don Modesto pensó: «Este niño es una birria»; pero sólo abrió la boca para decir: «¡Me quedo!» El niño, asustado, buscó refugio en la falda de la madre.

— No te asustes, tontín, este señor es nuestro huésped — arguyó la madre para tranquilizar al pequeño.

— Hoy he traído merluza para el huésped — decía Damiana a su marido, sacando el brillante pescado de la cesta.

— ¿Le gusta a usted el arroz con leche, señor Lagunilla?... ¿Se comería usted un ala de pollo?... ¿Le hace gracia el cascajo? — insistía melosa Damiana, sacando puñados de castañas y nueces.

— ¡Deja eso, Luisín, que es para el huésped! — gritaba la madre al ver al chico meterse en la boca una castaña.

El niño llegó a pensar si no sería aquel hombre un ser sobrenatural y extraordinario. Todos los cuidados, todas las atenciones, todos los dulces y frutas eran para don Modesto. Y el chico miraba con supersticioso respeto aquellas enormes y redondas gafas de carey que colgaban de la nariz del burócrata, gafas que don Modesto se quitaba cuando quería leer un periódico.

Y un día Luisito fué de visita a casa de las de Romaguilla. Su madre le metió hasta las orejas la gorra de marinero donde se leía: «Transatlántico Infanta Isabel. Año mil novecientos doce», y lo llevó a casa de sus amigas.

— Vamos a ver, Luisito, ¿tú que quieres ser? — le preguntó la pequeña Romaguilla dándole un beso en un carrillo y subiéndoselo a su regazo —. ¿Quieres ser capitán?

— No.

— ¿Aviador?... ¡Luisín quiere ser aviador! — gritó con júbilo la de Romaguilla.

— ¡No..., no..., no!... — insistió el chico.

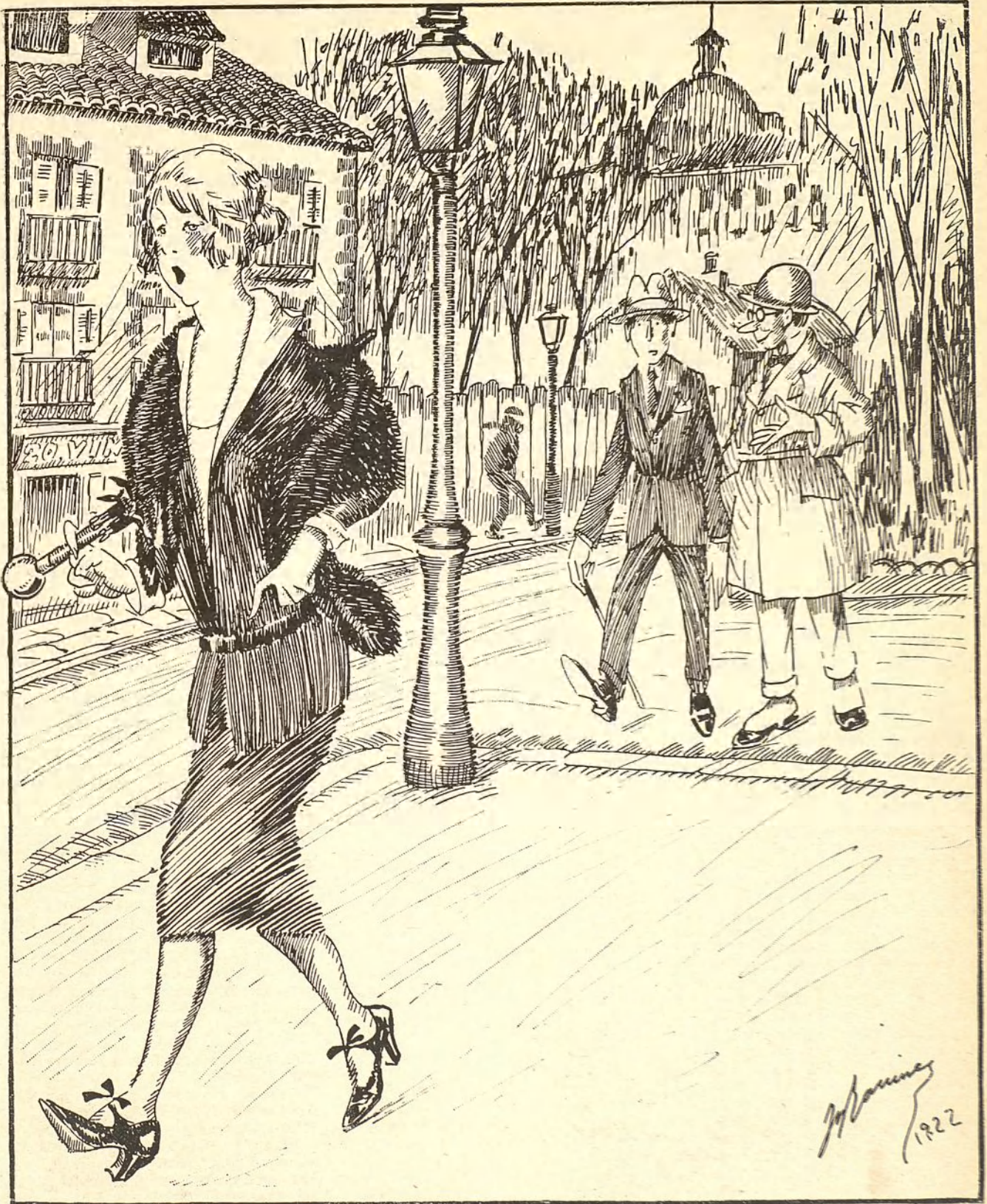
— ¿Chófer?... ¿Quieres ser chófer?

— Tampoco...

— Anda, Luisito, dile a Felisa lo que tú quieres ser cuando seas mayor — dijo Damiana en tono entre cariñoso y amenazador.

— Yo quiero ser «huésped» — contestó el pequeño, metiéndose un dedo en la nariz.

JULIO ROMANO



— Yo la convidaría a café; pero, chico, no sé cómo lo tomará.
— ¡Hombre, yo creo que con media!...

Dib. RAMIREZ. — Madrid.



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

— ¿Y dices que su fortuna líquida es de...?
— Hombre, yo no sabré indicarte la cifra. En cuanto a líquida, no puede serlo más: la constituyen unas almadrabas...

CUENTECILLOS DE MI TIERRA

LA BORRACHERA DEL "BOTACO"

— ¡Bendita sea la mare que echó al mundo a toos los taberneros, pues sin ellos el vino no se vendería, y sin vino estaríamos toitos mu tristes y mu desgalichaos!

Así exclamaba el famoso borrachín Juan Sánchez, alias *el Botaco*, a la puerta de la taberna de Juanico, en la calle de San Bernardo el Viejo, de la tierra de los boquerones.

El Botaco era un tipo callejero. Siempre se le veía borracho, y el vino era su vida; tanto es así, que cuando, por decirles a los guardias alguna inconveniencia, o por ser promovedor de algún escándalo, lo llevaban una quincena a la cárcel, enflaquecía, y, metido en un rincón, sin hablar con nadie ni querer probar el rancho, daba lástima verlo.

Le daban la libertad, tomaba un vaso de vino, aunque fuese del llamado *marratarratas*, y ya era otro hombre, alegre, dicharachero y hasta gracioso a veces.

El infeliz murió, como era de esperar, de una borrachera. Una mañana lo encontró un guarda del parque tendido sobre un banco y sin vida. Los médicos certificaron que el alcoholismo lo mató.

Pero dejémonos de cosas tristes, que lo ofrecido a los lectores es un artículo festivo y no un sermón fúnebre, ni un ensayo macabro.

El Botaco se detuvo en el umbral de la taberna indicada. Luego palmoteó fuertemente y cantó con voz aguardentosa:

«El hombre que no es borracho,
no sabe lo que es canela;
que en er mundo no hay naíta
mejó que una borrachera.»

Ya dentro del local, reclinóse sobre el mostrador, y golpeando la tabla gritó:

— ¡Eh, mocito barbián, lárgame un liso pa refrescar el gatzate, que está más seco que el Guarmeina en veranolo Vaya, pronto, que tango prisa.

Tras un vaso, pidió otro, y otro, hasta que le era difícil tenerse en pie.

Varios estibadores que estaban en un rincón jugando al dominó, al ver los equilibrios que el borracho hacía, comenzaron a reírse. Uno de ellos dijo:

— ¿Qué es eso, *Botaco*, hay terremoto?

El aludido replicó:

— Lo que hay es poca vergüenza. ¿Ostés ven que yo me meta con naide? Pus ca uno a su casa, y Dios en la de toos. ¡Tiene que ve, que no se pue uno ni emborrachá!...

Mi hombre, agarrándose a las paredes, salió a la calle. Con mil fatigas avanzó hasta la esquina de la calle de San Juan de Dios; pero allí dió un traspié y rodó por los suelos

No hizo por levantarse, sino que procuró acomodarse mejor, y minutos después roncaba brutalmente.

Aunque era ya hora bastante avanzada, acertó a pasar por aquellos sitios el señor Antonio, un cabo de serenos, por cierto hombre bastante bien educado y que alardeaba de finura. Iba distraído hablando con un guarda nocturno, cuando tropezó con el cuerpo del borracho.

— ¿Qué es esto? — exclamó.

El guarda acercó el farolillo, y riéndose dijo:

— ¡Toma, si es *el Botaco*! ¡Lo mismo de siempre!

El cabo se inclinó, y, casi al oído, gritó:

— ¡Eh, buen hombre, levante, levante!

Como si se hubiese dirigido a la Peña de Martos. Entonces, lo zarandéo, y más alto que antes, repitió:

— ¡Levante! ¿No oye usted? ¡Levante!

El Botaco entreabrió los ojos y se volvió del otro lado, añadiendo:

— ¡Eso ar capitán del barco, que a mí me trae sin cuidiao que sea Levante o sea Poniente.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



LA POLÍTICA PINTORESCA

El verdadero precursor de D. Pedro Muñoz Seca

Véase por dónde el precursor de nuestro admirado y excelente amigo D. Pedro Muñoz Seca fué uno de los políticos de más nombradía y de mayor influencia en la política española del siglo XIX. Se trata nada menos que de D. Práxedes Mateo Sagasta. Sabíamos de D. Práxedes que era marrullero, socarrón y malicioso. Lo que ignorábamos era que hubiese cultivado con éxito el *calembourg* y la frase de doble sentido. Y, sin embargo, es así, según vamos a demostrar.

Una de las innumerables veces que Sagasta ocupó el Poder, hizo, como es lógico, una combinación de gobernadores. Entonces, lo mismo que ahora había una legión de políticos de segunda fila para quienes un Gobierno civil era la máxima ilusión, el dorado sueño de toda su vida. No hay que decir, pues, que, apenas se supo que D. Práxedes estaba preparando la hornada de *poncios*, cayeron sobre él centenares de candidatos, cada uno de los cuales se creía con méritos sobrados para regir una insula.

Sagasta alentaba a unos y desengañaba a otros, empleando siempre frases amables y promesas halagadoras. Con este procedimiento logró quitarse de encima a muchos aspirantes a quienes no podía complacer. Sólo quedó uno, más terco que los demás, que insistió un día y otro para conseguir que le diesen el anhelado cargo. De aquél no había medio de librarse. Toda la marrulle-

ría y toda la gramática parda de don Práxedes se estrellaban ante la tozudez del solicitante.

Por fin quedó ultimada la combinación. Una noche el jefe del Gobierno anunció en su famosa tertulia que al día siguiente aparecerían en la *Gaceta* los deseados nombramientos. Y fué indicando a los agraciados las provincias que habían de dirigir.

— Para usted, Corbalán, Córdoba... Usted, Martínez, a Sevilla... Usted, Gutiérrez, Vizcaya... Usted, Sánchez López, Cuenca. No ha podido ser otra cosa... Usted, Antúnez, Santander...

No hay que decir que los nuevos gobernadores se deshacían en frases rebosantes de gratitud, y salían de casa de D. Práxedes locos de júbilo.

Cuando se habían ido todos, el terco candidato a que hemos aludido se acercó al presidente, que ya se retiraba, y le preguntó:

— ¿Y yo, D. Práxedes?

Sagasta, sin detenerse y haciendo al solicitante un gesto amistoso, le contestó:

— Usted, Huelva...



Al día siguiente aparecieron los decretos en la *Gaceta*. Ya se supondrá que el gobernador de Huelva no era el aspirante machacón. Y éste se fué a casa de don Práxedes, entró en el despacho como una tromba, y le dijo al «viejo pastor»:

— Me ha engañado usted, Sr. Sagasta. Resulta que no voy a Huelva, ni a ningún sitio.

Don Práxedes fingió sorprenderse mucho y exclamó:

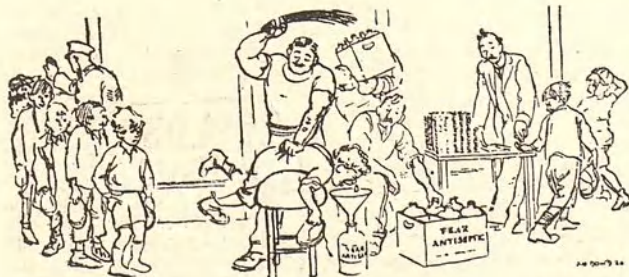
— ¡Ya se lo dije a usted! No ha podido ser ahora...

— ¡Cal — repuso el candidato fracasado —. Por el contrario, usted me dijo muy claramente que iba a Huelva.

Y, entonces, Sagasta, con su sonrisa socarrona, le dijo al solicitante:

— ¡Hombre! ¡Cuánto siento el chasco que se ha llevado usted!... Pero es que no me entendió bien: yo no le dije «Huelva»; le dije «Vuelva»..., «Vuelva» por aquí, que tendré mucho gusto en verle...

TARTARÍN



Un célebre doctor, habiendo descubierto en las lágrimas preciosas propiedades antisépticas, ha instalado un laboratorio para la explotación de su descubrimiento.

(De Punch, de Londres.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN ASCENSO... MERECIDO, por Jean Kolb

La escena se desarrolla en el Ministerio de Asuntos Aéreos.

I

Despacho del director jefe de la división de dirigibles.

EL AMIGO INFLUYENTE. — Le he visto ayer por la tarde.

EL DIRECTOR JEFE. — ¿Le hablaste de mí?

EL AMIGO. — Desde luego, y creo que conseguirás lo que quieres; pero te tengo que advertir una cosa: que no tienes buena fama. Parece ser que no te ocupas todo lo debido de la división, hasta el punto de que ni a los mismos empleados en ella conoces. En el Consejo de directores dejas a tus colegas conseguir todo género de ventajas para el personal a sus órdenes, y tú no pides nunca nada para el tuyo...

EL DIRECTOR. — ¡Diablol... Mucho te agradezco la noticia... Me las van a pagar, yo te lo aseguro. Precisamente, en el próximo Consejo de directores hay que elegir un subdirector; te doy mi palabra de que este puesto será para un empleado de mi división; cualquiera..., el que primero encuentre... (*Abre el registro del personal.*) Vamos a ver...; éste: Héctor Lance, del segundo negociado... Dentro de ocho días será subdirector.

EL AMIGO. — Pero ¿tú le conoces?

EL DIRECTOR. — No. Lo mismo que a los demás. Sólo conozco a los jefes de los negociados; pero te prometo que parecerá como si le conociera...

EL AMIGO. — Y qué, ¿será él el nombrado?

EL DIRECTOR. — Y que lo será; no lo dudes.

II

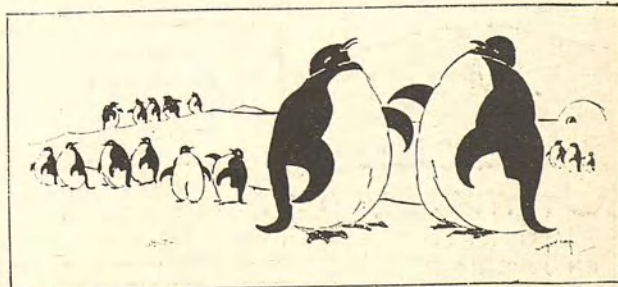
El Consejo de directores.

(Gran discusión sobre el nombramiento del subdirector. Los directores

y el jefe de la división de dirigibles también han presentado candidatos. El director jefe de la citada división pide la palabra. Asombro general. Sus compañeros le escuchan con amable condescendencia, como a una persona que va a hablar para no decir nada.)

EL DIRECTOR JEFE. — Señores... Sus señorías habrán visto la gran reserva, acaso exagerada, con que hasta ahora he apoyado las candidaturas de mis empleados en los Consejos anteriores al presente. Yo entiendo que los méritos deben ser muy extraordinarios para que merezcan recompensa... Conozco perfectamente a mis subordinados. (*Sonrisas discretas.*) Todos los días observo sus trabajos, y hasta ahora, ninguno me parecía digno de mejorar su situación... Pero hoy me creo en el caso de hacer una excepción a favor de uno de ellos, llamado... (*consulta a hurtadillas una apuntación*), llamado Lance, oficial del segundo negociado, y pido para él esta vacante de subdirector. (*Murmullos de sorpresa.*) Este muchacho, señores, es un hombre de verdadero mérito, que bajo mi inspección directa ha trabajado durante estos dos últimos meses en la clasificación de papeles inútiles..., trabajo delicadísimo, en el que ha destacado su celo, su inteligencia y su puntualidad, sin tacha ninguna. (*Asombro general; pero ya sin ironía.*) Yo aprecio profundamente a este funcionario modelo, rodeado además de necesidades familiares, y por eso solicito, como un favor personal para mí, que se le recompense, nombrándole subdirector.

(*Gran movimiento en el grupo de directores; todavía no han salido de la estupefacción producida por tan súbita energía: ¿será este director jefe de la división de dirigibles un trabajador modesto desconocido?... Al fin se vota, y el llamado Lance, del segundo negociado de la división de dirigibles, es nombrado para el cargo.*)



GENTE «BIEN»

— Ya lo sabe usted, sin cumplidos...
— Entonces, de frac, como de costumbre.

(De Le Rire, de Paris.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza Fuera canas.** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenti, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR

Sánchez Vázquez



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—Dice mi hija que le ponga osté derechos los tacones a estos zapatos, pero que estén listos para el jueves, que tiene que ir al Juzgado a un juicio de faltas.

—¡Está bien! Dile a tu niña que descuide. ¡Que los tendrá pá er día der juicio, sin falta!